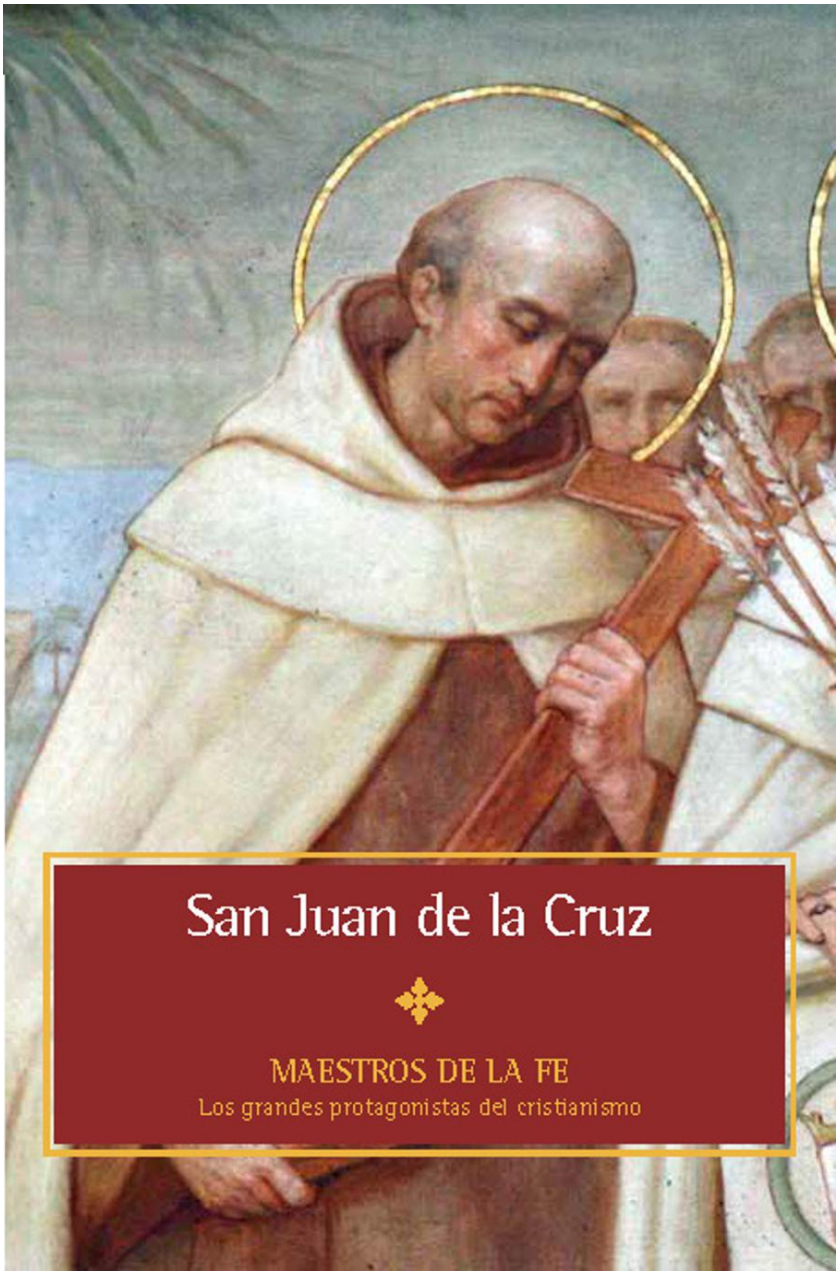
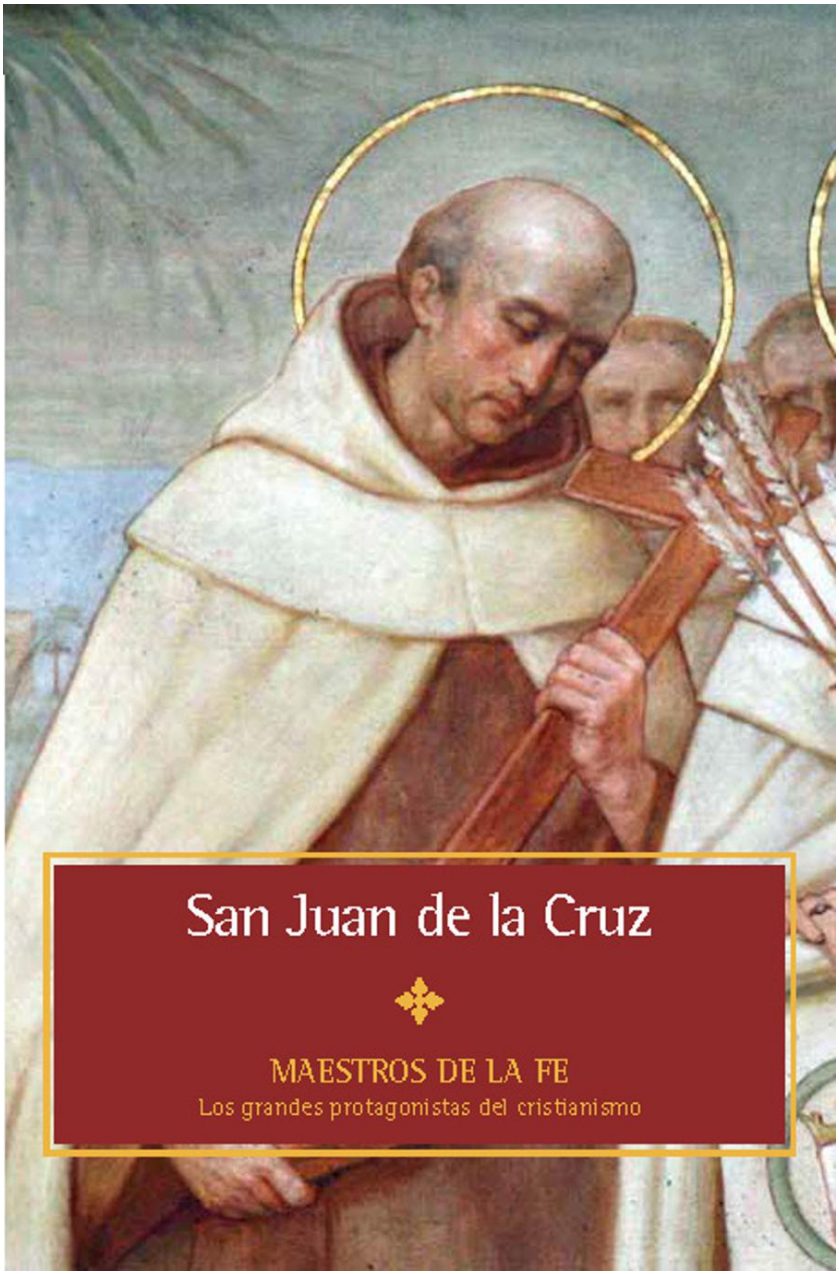


San Juan de la Cruz

MAESTROS DE LA FE

Los grandes protagonistas del cristianismo



San Juan de la Cruz

MAESTROS DE LA FE

Los grandes protagonistas del cristianismo

MAESTROS DE LA FE

Los grandes protagonistas del cristianismo

San Juan de la Cruz

Mariangela De Faveri

Introducción

La vida

La infancia de Juan de Yepes Álvarez

El contexto histórico

Los estudios en el Colegio de la Doctrina

Juan de San Matías

El Carmelo

Santa Teresa de Jesús

Vida y obra de Teresa de Ávila

La reforma de la orden carmelita

La crisis de Salamanca

La fundación del monasterio de Duruelo

El relato de la hermana Teresa

Juan de la Cruz, guía de los carmelitas descalzos

Llegada a Ávila

Una dama intenta seducir a Juan

El milagro de una hermana moribunda

El Cristo de San Juan de la Cruz

La detención

La nueva fase de la reforma

La salida hacia Andalucía

Máximas espirituales

En el monasterio de Baeza

Consejos espirituales para los religiosos

El periodo en Granada

Suma de la perfección

La construcción de un nuevo monasterio

Juan revela un milagro a su hermano

La última persecución

Retiro a La Peñuela y muerte

El convento carmelita de San Juan de la Cruz en Segovia

Obras y mensaje

El pensamiento de san Juan de la Cruz

Noche oscura

Cántico espiritual

Llama de amor viva

Cautelas

La herencia de san Juan de la Cruz

Apéndice

Cronología

A la tarde

te examinarán en el amor.

SAN JUAN DE LA CRUZ

San Juan de la Cruz

(JUAN DE YEPES, FONTIVEROS, 1542

- ÚBEDA, 14 DE DICIEMBRE DE 1591)

CARMELITA DESCALZO, SANTO Y DOCTOR DE LA IGLESIA

BEATIFICADO en 1675 por Clemente X

CANONIZADO en 1756 por Benedicto XIII

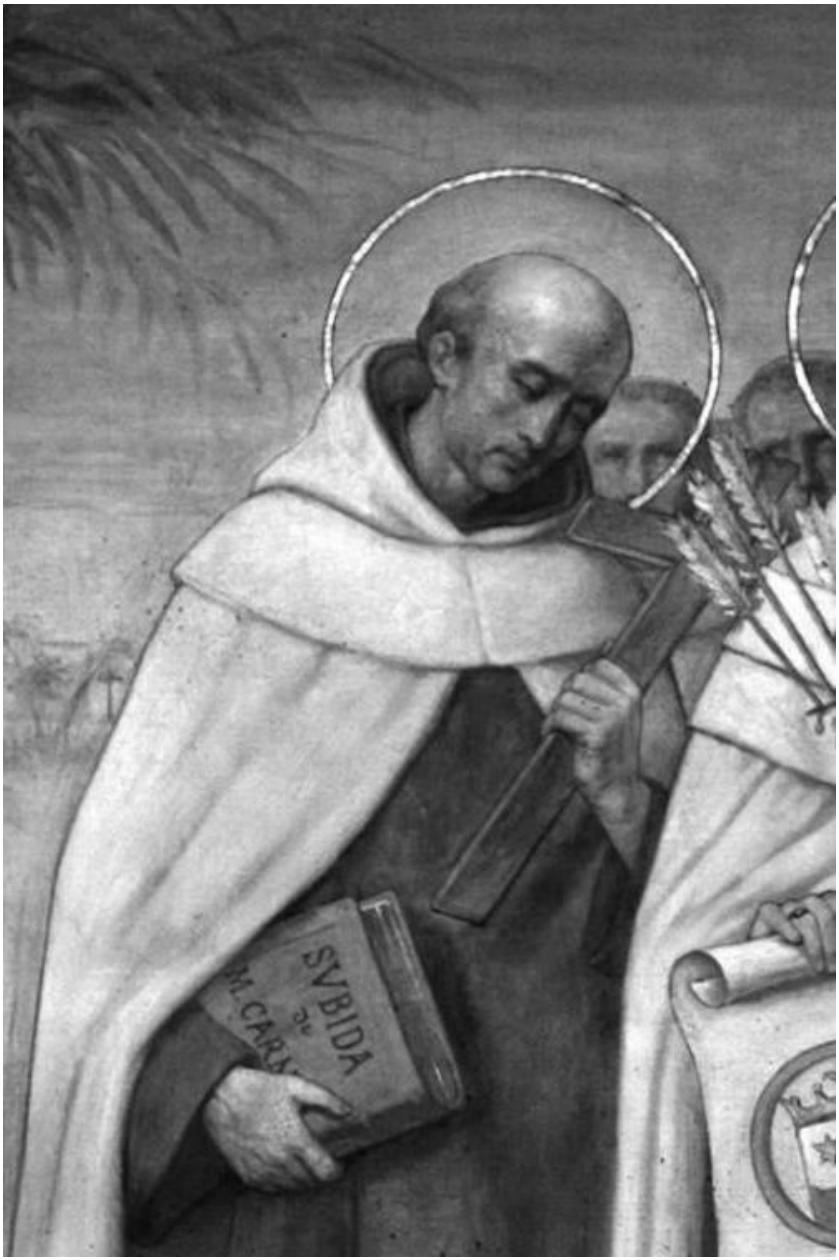
DOCTOR DE LA IGLESIA en 1926 por Pío XI

PATRÓN de los poetas españoles, de los místicos y de los teólogos

RECIBE SEPULTURA en el monasterio de San Juan de la Cruz en Segovia

SE CONMEMORA el 14 de diciembre

SANTUARIO PRINCIPAL monasterio de San Juan de la Cruz (Segovia)



San Juan de la Cruz, Monasterio de Nuestra Señora del Monte Carmelo, Haifa, Israel.

Introducción

La figura de san Juan de la Cruz presenta una gran complejidad: fue místico, poeta, teólogo y también, junto a santa Teresa de Ávila, el reformador de la Orden de los Carmelitas. En su personalidad poliédrica encontramos un espíritu de grandes acciones y coraje junto a una existencia meditativa que le llevó a lo más alto de la experiencia mística.

Desde pequeño manifestó una fuerte tendencia hacia el estudio y la espiritualidad, por lo que siempre obtuvo excelentes resultados en su formación académica. Por otro lado, ya de joven mostró una inclinación por la asistencia y el apoyo a los más débiles, que le llevó a cuidar de los enfermos del hospital de Medina del Campo.

Se inspiró en los primeros eremitas que en el siglo XII se habían instalado en el Monte Carmelo para llevar una vida de ascesis siguiendo las enseñanzas del Evangelio. Juan renunció a sí mismo, a sus deseos y a su voluntad para satisfacer únicamente la voluntad de Dios: dejó atrás la nada para alcanzar la unión perfecta con el todo, con Dios:

Si purificares tu alma de extrañas posesiones y apetitos, entenderás en espíritu las cosas; y, si negares el apetito en ellas, gozarás de la verdad de ellas, entendiendo en ellas lo cierto.[1]

Se sirve de la poesía para describir el estado de beatitud que el alma alcanza cuando se une con Dios. El alma que se niega a sí misma alcanza el estrato más elevado del amor a Dios y, en consecuencia, a todas las criaturas. San Juan de la Cruz manifestó un amor

incondicional hacia el prójimo. Durante toda su vida ayudó a monjes y fieles que le pedían consuelo y también estuvo a cargo de enfermos. Al mismo tiempo demostró una marcada sensibilidad hacia la naturaleza, la creación de Dios, y siempre trató de transmitir esta sensibilidad a los demás religiosos.

Fue un teólogo de alto nivel y escribió muchos tratados de teología y mística en los que hablaba sobre la Trinidad y los distintos niveles de ascesis. Gracias a su erudición y a su práctica religiosa describe en sus tratados, de gran profundidad teológica, el camino espiritual de un alma que logra alcanzar, mediante el ascetismo, la verdad celestial. Siendo fiel a su vocación de padre espiritual, sus escritos responden a las preguntas de sus hijos espirituales, con la intención de instruir a quienes quieran seguir su ejemplo y alcanzar cotas altas de la experiencia mística.

---

[1] **L. Ruano, San Juan de la Cruz. Obras completas, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 2005, pág. 157.**

La vida

La infancia de Juan de Yepes Álvarez

San Juan de la Cruz nació en 1542 en Fontiveros, un pueblo castellano de la provincia de Ávila. Se desconoce la fecha exacta de su nacimiento. Era el tercer hijo de Gonzalo de Yepes y Catalina Álvarez, que lo bautizaron con el nombre de Juan.

Su padre provenía de una familia de ricos comerciantes que pertenecía a la aristocracia castellana, mientras que la madre era una humilde trabajadora. La historia de su compromiso y matrimonio resulta un caso singular, y en aquella época levantó revuelo, puesto que era impensable la unión entre un noble y una mujer del pueblo.

Gonzalo de Yepes era descendiente de una noble estirpe toledana. Quedó huérfano a muy temprana edad y fue adoptado por unos tíos ricos de Torrijos dedicados al comercio de la seda. Pronto empezó a trabajar y a menudo viajaba a Medina del Campo, que entonces era una de las más florecientes ciudades españolas, para velar por la próspera actividad comercial de la familia. El viaje era largo y Gonzalo debía atravesar la meseta castellana, por lo que muchas veces se alojaba en Fontiveros, una localidad pequeña a medio camino entre los dos centros comerciales donde se elaboraba la seda. Allí Gonzalo conoció a la huérfana Catalina, que se ganaba la vida tejiendo seda en un taller pequeño; inmediatamente surgió el amor entre los dos.

La joven había sido adoptada por una viuda que, sin medios para subsistir, había mandado a Catalina a realizar su mismo oficio. Gonzalo, aunque preveía la fuerte oposición de sus tíos, estaba decidido a casarse con Catalina sin tener en cuenta las consecuencias que ello podía acarrearle. A pesar del malestar

familiar, la pareja se casó en 1529 en Fontiveros. Como los padres del chico deseaban para él un matrimonio que afianzase el prestigio social y la riqueza de la familia, el joven noble quedó desheredado de inmediato y tuvo que aprender a tejer seda, un oficio que realizó junto a su mujer y que les permitió ganar lo justo para ellos y sus tres hijos: Francisco, el mayor, nacido en 1530, Luis y Juan, el menor.

El contexto histórico

La España del siglo XVI estaba gobernada por la dinastía de los Habsburgo. Carlos I (1500-1558), hijo de Juana la Loca y de Felipe el Hermoso, había heredado con dieciséis años el reino de España y todas sus posesiones fuera de Europa. Por parte del padre había recibido el gobierno de los Países Bajos y Austria, y el derecho a ocupar el cargo de emperador del Sacro Imperio Romano Germánico. En 1519 fue nombrado emperador con el nombre de Carlos V. Acto seguido recibió la Corona de España y el nombre de Carlos I. Su reino duró casi cincuenta años, hasta que en 1556 abdicó y murió. Sus sucesores fueron su hermano Fernando, que asumió el título de emperador, y su hijo Felipe II (1527-1598), que heredó los bienes de la Corona española, los Países Bajos y, en 1580, se anexionó el reino de Portugal y sus colonias.

El reinado de Carlos I se caracterizó por una cierta estabilidad política interna, mientras que exteriormente se sucedieron numerosas guerras, especialmente en Alemania, donde empezaba a difundirse la Reforma protestante. El ferviente católico Carlos I participó activamente en la Contrarreforma dirigida por la Iglesia católica para combatir las ideas reformistas y que dio lugar al Concilio de Trento. Sin embargo, la dura reacción católica no logró frenar la expansión de la Reforma, que se difundió por el norte de Europa, alcanzando también los Países Bajos, uno de los territorios de la Corona de España. Si bien al principio el rey esperaba un acuerdo entre reformistas y católicos, al final tuvo que salir en defensa del catolicismo y luchó con empeño contra el protestantismo.

Tras la muerte de Carlos I, subió al trono de España Felipe II. Como monarca español y católico, además de príncipe Habsburgo,

desempeñó un papel religioso que le llevó a organizar campañas para unificar la cristiandad en la fe católica y someterla al liderazgo de España. En 1557 inició la construcción de El Escorial, un convento enorme cerca de Madrid que se convirtió en residencia y panteón de los reyes españoles.

En política interna empezó la persecución (la Inquisición) de herejes, moriscos (descendientes de la población árabe) y «marranos» (judíos conversos por la fuerza al catolicismo). Se hizo con el poder de la Iglesia católica española y se reservó el derecho de plácet sobre cualquier decisión del papa en su territorio.

Bajo su reinado, la situación económica del imperio era precaria, aunque las arcas del Estado se llenaban con las riquezas coloniales. El gasto militar era elevado y agravado por el hecho de que España debía defender continuamente sus territorios en el exterior, incluso en periodos de paz. En aquel momento, los enemigos de España eran Francia e Inglaterra. Esta última evitó la invasión española en 1588 e hizo fracasar a la Armada Invencible en una épica batalla naval. Empezaba de esta forma el ocaso del Imperio español. En comparación con el reinado de su padre, que se caracterizó por una gran apertura cultural, el de Felipe II fue un periodo de mayor cierre y menor libertad.

El Siglo de Oro

Este periodo histórico comprendido entre los siglos XVI y XVII coincidió con el apogeo cultural español. Se trata de una época de esplendor artístico y literario que, políticamente, encaja con la crisis progresiva del reinado de los Habsburgo. Los historiadores lo dividen en dos fases: el Renacimiento (siglo XVI) y el Barroco (siglo XVII).

También fue una época de esplendor literario: Miguel de Cervantes escribió El Quijote y Calderón de la Barca y Lope de Vega crearon sus respectivos dramas religiosos. En el campo de la pintura, destacaron El Greco y Velázquez.

Con el tiempo, el sector de la seda se debilitó y el trabajo de los padres resultaba insuficiente para sustentar a la familia: la situación empeoró cuando, a causa de la escasez, los precios de la comida aumentaron hasta límites insostenibles.

Pero los problemas no se ceñían solo al trabajo: a la lucha por la supervivencia se añadió la enfermedad de Gonzalo, que murió de forma precoz tras dos años de sufrimiento. Sin el salario del marido, Catalina se encontró sola para ocuparse de los tres niños, una tarea colosal para garantizar la comida y el sustento mínimo necesario de Francisco, Luis y Juan.

Pronto se constató que sus esfuerzos eran en vano: el sector estaba en declive. Sin garantías salariales ni un trabajo duradero, la mujer tuvo que asumir que no podía hacerse cargo de toda la familia y decidió hablar con los familiares de Gonzalo para pedirles ayuda.

Se puso en camino con sus tres hijos y recorrió a pie los casi ciento sesenta kilómetros que separan Fontiveros de Torrijos, donde residían sus parientes nobles, los tíos de Gonzalo. Tras llamar a la puerta, se enfrentó a una amarga desilusión: la imagen de la mujer con los niños muertos de hambre no despertó compasión alguna en el corazón de los tíos, ni mitigó la hostilidad que sentían hacia ella. Se negaron por completo a acogerla. Siempre la habían rechazado, considerándola una vergüenza para la familia. Tampoco habían

conocido a los hijos de Gonzalo.

Catalina abandonó la ciudad sin perder la esperanza y decidió probar fortuna en Gálvez, donde vivía Juan de Yepes, un tío médico de su difunto marido. La suerte le sonrió y el pariente rico, casado pero sin descendencia, se apiadó de la mujer y aceptó quedarse a cargo del hijo mayor, Francisco, garantizándole una educación adecuada. Sin embargo, lo que parecía haber sido un golpe de suerte para Catalina, tras un año se convirtió en una situación insostenible para Francisco, pues era sometido a un maltrato constante por parte de su madrastra.

Tras un año sin recibir noticias de su hijo, a Catalina le llegaron rumores de esta situación y decidió presentarse en Gálvez para comprobarlo. Al llegar, constató que el joven vivía en un estado de depresión, sin fuerzas a causa de los largos ayunos y con el espíritu maltrecho por las humillaciones cotidianas. Catalina no se lo pensó dos veces y se llevó a Francisco, decidida a hacerse cargo de él a pesar de las penurias. Entonces, le enseñó el oficio de tejedor en sus horas libres de estudio.

Poco tiempo después otra desgracia golpeó a la familia. Luis, el hijo mediano, de salud frágil, se puso enfermo y murió poco después. El niño fue enterrado junto a su padre en la iglesia de San Cebrián, en Fontiveros.

La vida debía seguir su curso a pesar de las desgracias, y Catalina y Francisco trabajaban sin descanso en el telar. Como Juan, a diferencia de su hermano, ya mostraba una predilección por el estudio, empezó a ir al colegio. La situación de pobreza familiar persistía, el sector textil no era garantía de trabajo estable y los beneficios no daban para mucho. Catalina temía no tener dinero suficiente para dar de comer a sus hijos y decidió abandonar

Fontiveros para trasladarse a una ciudad más grande, donde hubiese más oportunidades de trabajo, también para Francisco, que ya había cumplido dieciocho años.

Catalina probó suerte en Arévalo, un pequeño núcleo comercial a pocos kilómetros al sur. Se estableció allí con sus dos hijos, llena de esperanza, y encontró trabajo en un taller textil. Sin embargo, no tardó en darse cuenta de que sus problemas estaban lejos de solucionarse: sus condiciones económicas no dejaban de ser modestas, la vida era difícil y el hijo mayor empezó a frecuentar malas compañías.

La situación empeoró cuando Francisco fue acusado de robo junto a algunos de sus amigos. Todo se resolvió gracias al encuentro entre el joven y un sacerdote, el padre Carrillo, que se convirtió en su confesor y guía espiritual. Este le inspiró un sentido de la caridad que el joven no tardó en poner en práctica dedicándose a los pobres.

Sin nada de qué vivir, Catalina tomó la decisión de trasladarse a una población todavía más grande, Medina del Campo, con la esperanza de cambiar su suerte y encontrar más oportunidades de trabajo. No obstante, la breve estancia en Arévalo había dado sus frutos, pues llegó un nuevo miembro a la familia: Francisco se había casado con una chica del lugar, Ana Izquierdo, dulce y trabajadora, que aceptó compartir la vida con su nuevo marido y su humilde familia.

Pero la llegada a Medina tampoco sanó la economía familiar: sus ingresos seguían siendo escasos y la contribución de la joven esposa no mejoraba la situación. Además, esta se quedó embarazada varias veces, pero ningún hijo sobrevivió. Francisco, por su lado, seguía dedicándose en cuerpo y alma a su trabajo y ayudaba a los más

pobres.

Los estudios en el Colegio de la Doctrina

Juan, con diez años, se inscribió en el Colegio de la Doctrina, una escuela donde asistían nobles y ricos que acogía gratuitamente a niños huérfanos o pobres. Los estudios estaban orientados a iniciarse en un oficio. Al igual que a otros niños, enviaron a Juan a realizar prácticas con algunos artesanos: el joven trabajó en una carpintería, en una sastrería, con un escultor, un pintor, pero pronto emergió su vocación para el estudio y la oración. Tanto es así que sus superiores decidieron interrumpir sus prácticas y lo mandaron a ayudar a las hermanas del convento de Santa María Magdalena en sus tareas cotidianas, como limpiar la iglesia o pedir limosna para los más desfavorecidos.

En la ciudad de Medina del Campo existía un hospicio para enfermos afectados por la peste, la lepra u otras enfermedades contagiosas. Se trataba del Hospital de la Concepción, también conocido como el «Hospital de las Bubas» (aunque con «el mal de las bubas» se hacía referencia a la sífilis). El centro estaba dirigido por un noble caballero, Alonso Álvarez de Toledo que, una vez retirado de la vida social, había donado su fortuna para fundar esta institución.

Dicho caballero tuvo noticias de las aptitudes de Juan y le ofreció trabajo en el hospital para ayudar a los enfermos como auxiliar de enfermería, sin dejar de pedir limosna para los enfermos y los pobres. Juan aceptó la propuesta y se convirtió en un ayudante indispensable que destacaba por su gran dedicación hacia los más necesitados.

A pesar de la intensa actividad en el hospital, el joven no abandonó la escuela y terminó sus estudios en el Colegio de la Doctrina con muy buenos resultados. Gracias a estos, pudo inscribirse en el Colegio de la Compañía de Jesús para seguir con su formación. La escuela de los jesuitas era una de las más reconocidas en la zona por su alto nivel de enseñanza, parecido a las lecciones de la cercana Universidad de Salamanca. Los monjes acogían también a jóvenes de condición humilde que hubiesen destacado por sus cualidades, y Juan era uno de ellos.

Su vida transcurría entre los estudios y el servicio en el hospital, lo que le ofreció la oportunidad de colaborar con su hermano Francisco, que seguía dedicándose al cuidado de los más pobres: a menudo veía a enfermos por la calle y los llevaba al hospital, donde Juan trabajaba.

Juan de San Matías

En 1563, tras haber terminado los estudios en el Colegio de la Compañía de Jesús, Juan entró en el monasterio carmelitano de Santa Ana de Medina del Campo. Fue acogido como novicio el 24 de febrero de 1563, por san Matías, motivo por el cual eligió llamarse Juan de San Matías. Cuando el joven monje estudió las dos versiones de la Regla del Carmelo, la escrita por Inocencio IV en 1247 y la suavizada por Eugenio IV, se dio cuenta que la primera era la que mejor encajaba con su propia naturaleza.

Tras un año de noviciado, Juan pronunció los votos ante el padre de la provincia de Castilla, Ángel de Salazar, y pidió seguir la regla carmelita primitiva. Sus superiores lo mandaron después a estudiar Teología y Filosofía en la Universidad de Salamanca. Durante los cuatro años de estudio, de 1564 a 1568, el joven monje experimentó un gran crecimiento espiritual. Residía en el colegio carmelita de San Andrés, en un ambiente de reglas severas. Los estudiantes no tenían permiso para salir, solo para asistir a la universidad. Aquellos que infringían la norma eran condenados a prisión o se los expulsaba de la escuela.

El Carmelo

La Orden de los Carmelitas debe su nombre al monte Carmelo, un conjunto de colinas de la Alta Galilea. Se trata del lugar donde el profeta Elías se retiró y se encontró con los profetas del dios Baal. Hacia finales del siglo XII en esta región se instalaron algunos monjes ermitaños que siguieron los pasos de Elías. Estos eremitas llevaban una vida sencilla, basada en la oración y el trabajo manual, y se reunían los domingos para la misa comunitaria.

Entre 1206 y 1214, Alberto Avogrado, patriarca de Jerusalén, los reconoció y les ofreció una regla de vida. Redactó la regla carmelita y cambió el estatuto de asociación voluntaria por el de fraternidad bajo jurisdicción eclesiástica. Cuando Tierra Santa fue ocupada definitivamente por los árabes, los carmelitas iniciaron un éxodo hacia la Europa occidental. En este periodo cambiaron las características de la fraternidad carmelita: se vieron obligados a abandonar la vida eremítica, empezaron a vivir en poblaciones y a reunirse en comunidad.

Estos cambios modificaron las bases originales de la orden para adaptarse al nuevo estilo de vida en Occidente. El pontífice Inocencio IV quiso cambiar la regla, cuya redacción terminó en el año 1247. Los carmelitas dejaron de ser una orden eremítica para convertirse en monjes cenobíticos. Con el papa Eugenio IV esta reforma se modificó y se suavizó con el objetivo de adaptar la regla original a la situación social y cultural de aquel momento.

La orden pasó de eremítica a mendicante, siguiendo el ejemplo de los franciscanos y los dominicos, y sustituyó las ermitas por los

conventos. El nuevo canon entró en vigor en 1435, pero hubo carmelitas que lo rechazaron e intentaron volver a la idea primigenia.

Algunos de los elementos destacados de la regla original del Carmelo eran, por un lado, el deseo de seguir e imitar a Jesús en la pobreza apostólica, renunciar a los bienes terrenales y a la comodidad, y llevar una vida frugal. Además, los carmelitas buscaban la soledad del desierto, el único camino para llevar una existencia que les permitiera llegar a Dios sin demasiados momentos en comunidad. Los religiosos de esta orden también veneraban a la Madre de Dios.

Los estudiantes seguían los cursos universitarios y los de la escuela de Teología. Cada alumno disponía de una celda y Juan quiso la más pequeña, sin ventanas —aparte de una pequeña abertura que daba a la iglesia de la escuela—. Se ceñía a la regla más severa mediante un estilo de vida austero: dormía sin colchón, sobre un lecho exiguo, y usaba como almohada un trozo de madera fijado a la cama con un clavo. Pasaba gran parte de las noches en vela o rezando. Debajo de la ropa llevaba el cilicio y a menudo se infligía castigos corporales. La práctica severa de su ascetismo lo aislaba de sus compañeros de curso, los cuales preferían seguir una regla un poco más laxa.

En la universidad destacó con rapidez por su diligencia y capacidad intelectual, por lo que fue nombrado «maestro de los estudiantes», un cargo que conllevaba algunas obligaciones, como volver a explicar la lección a algunos compañeros o moderar las discusiones públicas en el colegio.

Santa Teresa de Jesús

El 14 de agosto de 1567 llegó a Medina del Campo la hermana Teresa de Jesús, una madre carmelitana muy popular, puesto que desde hacía tres años había empezado una reforma interna del Carmelo con el objetivo de recuperar la regla primitiva y devolver a la comunidad monástica su forma original, la de una orden eremítica y meditativa, sin abandonar la actividad apostólica.

La religiosa no vacilaba a la hora de exponer en público su disconformidad respecto a las costumbres extremadamente laxas de los monjes y las monjas carmelitas. En su opinión, los religiosos gozaban de demasiados lujos y comodidades: llevaban hábitos de tejidos suaves y cálidos, nada que ver con los primeros eremitas del monte Carmelo del siglo XII.

Estos habían renunciado a todo siguiendo el estilo de vida de los monjes del desierto, practicaban el ayuno, rezaban y trabajaban, vestían hábitos sencillos y rechazaban cualquier comodidad. Teresa de Jesús llamaba a sus hermanos de comunidad «padres del paño» o «gatos», y deseaba un retorno a los orígenes, una vida marcada por la enseñanza del Evangelio y dedicada a la búsqueda de la unión con Dios.

Vida y obra de Teresa de Ávila

Teresa de Cepeda y Ahumada nació en Ávila en 1515. Su padre era de origen toledano y su madre pertenecía a la aristocracia castellana.

Con veinte años, y a pesar de la oposición de sus padres, se escapó de casa, ingresó en el Carmelo y se hizo monja, donde tomó el nombre de Teresa de Jesús.

Tras un largo y arduo trabajo interior, con treinta y cinco años promovió una reforma interna de la orden carmelita, con la idea de restablecer la regla antigua. Escribió numerosas obras teológicas y místicas y fundó muchos monasterios de los carmelitas descalzos.

Los monjes y monjas que seguían a la madre Teresa abogaban por un mayor rigor y un retorno a la pobreza, la esencia de los primeros monjes: por este motivo los monjes iban descalzos y las monjas llevaban unas sencillas sandalias de cáñamo, a diferencia de las religiosas de otras órdenes, que llevaban botas de piel. Su obra principal fue Castillo interior, un tratado donde indica el camino que debe seguir un alma para alcanzar a Dios. Santa Teresa murió en Alba de Tormes en 1582.

Su propuesta era drástica y dividió a la orden y a la Iglesia; había incluso algunos miembros de la comunidad que la consideraban una loca, casi presa del demonio, sobre todo sabiendo de sus

experiencias místicas y extáticas. Otros, en cambio, la veían como una fuerza reformadora, un soplo de aire fresco para una orden que había perdido empuje con el paso de los siglos.

La santa no se dejó amilanar por el sector hostil del clero y luchó para poder fundar nuevos monasterios carmelitas reformadores basados en la regla primitiva de Inocencio IV. Su tesón obtuvo frutos, pues se le concedió la autorización desde Roma. Así nació la Orden de las Carmelitas Descalzas. En 1567 recibió el permiso para fundar monasterios masculinos basados en la reforma y estableció uno en Medina del Campo.

La reforma de la orden carmelita

La reforma de Teresa de Jesús, también conocida como santa Teresa de Ávila, establecía que los monjes carmelitas descalzos viviesen de acuerdo con los preceptos originarios de la orden, es decir, que volviera a ser una comunidad contemplativa pero manteniendo contacto con la sociedad y con su época. Partiendo de la base de que la situación de los carmelitas en la España del siglo XVI era diferente de la de los eremitas que empezaron a poblar el monte Carmelo en el siglo XII, la santa definió una serie de reglas de vida a las cuales las monjas —y más tarde también los monjes— debían ceñirse.

Estas normas estaban pensadas para que los religiosos vivieran conforme al espíritu de la orden del Carmelo, que se basaba en el silencio, la oración, la soledad, la penitencia y el apostolado entre los fieles. Para que los monjes dispusieran de largos momentos para rezar durante el día, santa Teresa abolió el trabajo en comunidad e impuso que cada persona realizara las tareas en su propia celda.

Por otro lado, introdujo intervalos de ocio en los que los religiosos pudieran estar juntos. Hizo construir ermitas dentro de los monasterios para que los monjes y las monjas se pudieran aislar. Introdujo la clausura para alejarse del exterior e impedir de esta forma que la oración y el retiro pudieran verse interrumpidos por visitas reiteradas. También redujo al mínimo el número de religiosos en un monasterio (veintiuno como máximo) y determinó que todos debían estar alfabetizados para así poder leer y estudiar las Sagradas Escrituras y los libros de teología (los monasterios debían disponer de una buena biblioteca).

Para Teresa era fundamental que un religioso tuviese cierta cultura y exigía para sus monjas la presencia de confesores bien preparados que hubiesen estudiado Teología porque, como solía decir, los solo medio preparados eran los más dañinos. En su autobiografía escribió:

Gran daño hicieron a mi alma confesores medio letrados; porque no los tenía de tan buenas letras como quisiera. He visto por espiriencia que es mijor, siendo virtuosos y de santas costumbres, no tener ningunas que tener pocas; porque ni ellos se fían de sí sin preguntar a quien las tengan buenas, ni yo me fiara; y buen letrado nunca me engañó.

Santa Teresa deseaba crear un monasterio masculino como el de las monjas, donde pudiera recuperar la antigua regla y hacer que los monjes abandonasen las flaquezas y las comodidades en favor de una vida severa, caracterizada por la pobreza y la renuncia a los bienes terrenales. Además, debía hacerse una reforma urgente en la rama masculina de los carmelitas para poder ofrecer a las monjas unos confesores que compartieran con ellas la misma regla, y que proporcionaran una guía espiritual adecuada, sirviéndoles de ejemplo y aconsejándolas en su recorrido espiritual.

Teresa habló con el prior de los carmelitas de Medina del Campo, el padre Antonio de Heredia, el cual vio con buenos ojos la propuesta, a pesar de estar acostumbrado a cierto lujo en su monasterio. El religioso aceptó de inmediato y quiso seguir las innovaciones de la monja. Esta puso freno al entusiasmo del prelado, pues consideraba que quizás su figura no fuese la más adecuada para poner en marcha la reforma. El padre Antonio tenía sesenta años, estaba acostumbrado a una vida cómoda y no parecía preparado para aplicar la regla de austeridad que ella tenía en mente. La religiosa expuso sus dudas al prior y le pidió que se lo pensara al menos durante un año. Sin embargo, todavía sentía la urgencia de

encontrar un sacerdote que pudiera acompañarla en su camino. Su búsqueda pronto obtendría resultados.

La crisis de Salamanca

Durante los años de estudio en Salamanca, Juan sufrió una crisis profunda. Tal y como hemos dicho, el joven monje había pedido a sus superiores poder vivir según la antigua regla del Carmelo: había rechazado cualquier comodidad y todos sus bienes, sometía su cuerpo a las exigencias espirituales y obedecía solo a su alma de asceta.

Pasaba las noches rezando en su pequeña celda, encerrado con lo mínimo para vivir y concediéndose solo algunos momentos de reposo. Llevaba un cilicio con el que a veces se infligía castigos corporales. Vivía en soledad su duro camino de asceta: no solo porque huía de la compañía de los otros monjes, sino también porque se sentía solo y extraño en presencia de sus cofrades. Le disgustaba la vida relajada que llevaban, al ver cómo se sentían atraídos por el lujo y se habían alejado del ejemplo de los primeros eremitas.

Esta desazón le llevó a sopesar la idea de cambiar de orden al terminar los estudios e ingresar en Santa María de El Paular, un monasterio cartujo situado a los pies de la sierra de Guadarrama. Allí seguro que hubiera encontrado el lugar adecuado para rezar y estar solo.

En 1567, un año antes de finalizar su formación, fue ordenado sacerdote. Deseaba regresar a Medina del Campo para celebrar allí su primera misa. Había estado tres años fuera y su retorno estaría lleno de sorpresas que cambiarían su vida por completo.

En el viaje de Salamanca a Medina, le acompañó el padre Pedro de Orozco. Este le contó que entre los carmelitas de Medina del Campo había mucho revuelo por la presencia de una monja que proponía una reforma radical de la orden con la idea de volver a sus orígenes. Pedro de Orozco también le dijo que dicha religiosa estaba buscando a un sacerdote que la acompañase en el proyecto.

Cuando llegó a la ciudad, el prior del monasterio carmelita, Antonio de Heredia, también le habló a Juan del proyecto de la «madre» —así era conocida Teresa de Jesús—, lo cual despertó en él el deseo de ir a su encuentro lo antes posible.

La llegada del joven monje llegó a oídos de Teresa, que se sorprendió al saber que desde novicio Juan había seguido la regla antigua del Carmelo. Lo interpretó como una señal de la providencia. Teresa asistió a la misa de Juan y vio de inmediato el aura de espiritualidad que envolvía al joven, por lo que supo que estaba destinado a acompañarla en su reforma.

En su primer encuentro, Juan informó a la monja de que había estado meditando sobre la idea de ingresar en la orden de los cartujos porque encajaba mejor con su estilo de vida.

Santa Teresa protestó de inmediato, le aconsejó que no tomase una decisión precipitada y que considerase la idea de que la reforma carmelitana que ella proponía podía ofrecerle un espacio conforme a sus deseos. También le recomendó que terminase sus estudios y que aplazase la decisión durante un año.

Juan aceptó y le pidió la creación de un monasterio para monjes lo

antes posible. Años después, santa Teresa describiría así su encuentro con Juan:

Poco después acertó a venir allí un padre de poca edad, que estaba estudiando en Salamanca, y él fue con otro por compañero, el cual me dijo grandes cosas de la vida que este padre hacía. Llámase fray Juan de la Cruz. Yo alabé a nuestro Señor, y hablándole, contentóme mucho y supe de él cómo se quería también ir a los cartujos.

Yo le dije lo que pretendía y le rogué mucho esperase hasta que el Señor nos diese monesterio, y el gran bien que sería, si había de mejorarse, ser en su mesma Orden y cuánto más serviría al Señor. El me dio la palabra de hacerlo con que no se tardase mucho. Cuando yo vi ya que tenía dos frailes para comenzar, parecióme estaba hecho el negocio.[2]

En el año 1568, tras haber terminado los estudios de Teología, Juan volvió a Medina acompañado del ya por entonces exprior de los carmelitas en la ciudad, Antonio de Heredia, y empezó a seguir a santa Teresa de Jesús en su frenética actividad reformadora. Por ello, la monja decía a sus hermanas —haciendo referencia a la baja estatura de Juan—: «Bendito sea Dios, que ya tengo fraile y medio para la fundación».

La fundación del monasterio de Duruelo

El día 9 de agosto de 1568, la madre Teresa pidió a Juan que la acompañase a Valladolid, donde pretendía crear un nuevo convento de los carmelitas descalzos. El viaje, como cuenta ella misma, le sirvió para enseñar al religioso la regla del Carmelo reformado y explicarle el estilo de vida que seguían las monjas:

Y como estuvimos algunos días con oficiales para recoger la casa, sin clausura, había lugar para informar al padre fray Juan de la Cruz de toda nuestra manera de proceder […]. Él era tan bueno que al menos yo podía mucho más aprender de él que él de mí; mas esto no era lo que yo hacía, sino el estilo del proceder las hermanas.[3]

Al volver a Valladolid, Juan fue a Duruelo, una localidad cerca de Medina del Campo donde había un conjunto de casas de campo que un noble del lugar había donado a Teresa. Las viviendas se encontraban en mal estado por no haberse utilizado durante mucho tiempo. Les faltaba de todo y era impensable que alguien pudiera vivir allí «por causa de la demasiada poca limpieza que tenía».[4]

Nadie se desanimó y el joven monje inició de inmediato los trabajos para reformar el lugar. Le acompañaban en las tareas el padre Antonio de Heredia y Francisco, el hermano mayor de Juan.

Los trabajos, que empezaron en verano, duraron algunos meses y se terminaron a finales de noviembre. Se trataba del monasterio que albergaría a los primeros monjes fundadores.

El 28 de noviembre de 1598, Juan hizo profesión de fe ante Alonso González, provincial de los carmelitas descalzos de Castilla, y cambió su nombre, Juan de San Matías, por Juan de la Cruz. A Duruelo se incorporaron otros dos monjes: el exprior de los carmelitas de Medina, Antonio de Heredia, que eligió llamarse Antonio de Jesús, y el padre José de Cristo. Todos hicieron los votos de vivir siguiendo la regla antigua del Carmelo de san Alberto, patriarca de Jerusalén en el siglo XIII.

Teresa de Jesús confeccionó a mano el hábito de Juan de la Cruz, puesto que este no tenía los medios económicos para pagarse una costurera. La santa le pidió a una novicia que debía tomar los votos que diese a Juan la tela que se había comprado para hacerse su hábito de monja.

Por la Cuaresma del año siguiente, Teresa de Jesús fue a visitar el pequeño monasterio, el primero para monjes. Vio cómo funcionaba la nueva vida en comunidad, y se sorprendió al ver con qué pobreza y frugalidad vivían los religiosos.

El relato de la hermana Teresa

«Primero u segundo domingo de Adviento de este año de 1568 (que no me acuerdo cuál de estos domingos fue), se dijo la primera misa en aquel portalito de Belén, que no me parece era mejor. La Cuaresma adelante, viniendo a la fundación de Toledo, me vine por allí.

Llegué una mañana. Estaba el padre fray Antonio de Jesús barriendo la puerta de la iglesia, con un rostro de alegría que tiene él siempre. Yo le dije: ¿Qué es esto, mi padre?, ¿qué se ha hecho la honra? Díjome estas palabras, diciéndome el gran contento que tenía: "Yo maldigo el tiempo que la tuve". Como entré en la iglesia, quedéme espantada de ver el espíritu que el Señor había puesto allí. Y no era yo sola, que dos mercaderes que habían venido de Medina hasta allí conmigo —que eran mis amigos— no hacían otra cosa sino llorar. ¡Tenía tantas cruces, tantas calaveras! Nunca se me olvidó una cruz pequeña de palo que tenía para el agua bendita, que tenía en ella pegada una imagen de papel con un Cristo, que parecía ponía más devoción que si fuera de cosa muy bien labrada.

El coro era el desván, que por mitad estaba alto, que podían decir las Horas; mas havíanse de abajar mucho para entrar y para oír misa. Tenían a los dos rincones, hacia la iglesia, dos ermitillas, adonde no podían estar sino echados u sentados, llenas de heno (porque el lugar era muy frío y el tejado casi les daban sobre las cabezas) con dos ventanillas hacia el altar y dos piedras por cabeceras, y allí sus cruces y calaveras. Supe que después que acabavan Maitines hasta Prima, no se tornavan a ir, sino allí se quedavan en oración, que la tenían tan grande, que les acaecía ir con harta nieve los hábitos cuando ivan a Prima, y no lo haver sentido».

Fundaciones, cap. XIV, párr. 6, 7.

Según el testimonio de santa Teresa, a los monjes no les faltaba comida, pues muchos campesinos de la zona les ofrecían parte de la cosecha. Los religiosos, por su parte, solo comían lo estrictamente necesario para vivir y daban el resto a los pobres. No llevaban calzado ni en invierno ni en verano, tampoco cuando hacía mucho frío y había nieve. Se infligían castigos tan severos que Teresa les invitó discretamente a moderar su austeridad y abandonar las prácticas de penitencia demasiado rigurosas, por miedo a que padecieran daños físicos irreparables.

A menudo iban a los pueblos vecinos para divulgar el Evangelio, celebrar misas y confesar a los fieles. El monasterio de Duruelo se convirtió en poco tiempo en un punto de referencia para la población.

Juan de la Cruz, guía de los carmelitas descalzos

Poco tiempo después de la creación del monasterio reformado de Duruelo, las vocaciones de los descalzos aumentaron sobremanera. En 1569, el convento se convirtió en priorato, y en febrero del mismo año Juan de la Cruz fue nombrado viceprior y maestro de novicios —el prior era Antonio de Jesús—. En 1571, la comunidad se trasladó a Mancera de Abajo, a un monasterio mayor para dar cabida al creciente número de monjes.

Antes, el 13 de julio de 1569 se había fundado el segundo convento de carmelitas descalzos en Pastrana y el 1 de noviembre de 1570 un tercero en Alcalá. Este último se utilizó como casa de estudio para los religiosos que querían asistir a la Universidad Alma Mater, uno de los centros de estudio más importantes de España, después del de Salamanca.

En octubre de 1570, Teresa de Jesús consideró necesaria la intervención de Juan en la comunidad de Pastrana. Algunas voces se habían alzado argumentando exceso de celo o, mejor dicho, un exceso de disciplina y severidad del prior con los novicios. Juan intervino e introdujo una regla de vida más moderada para evitar a los religiosos formas de penitencia inútiles y dañinas.

Juan fue nombrado rector del colegio universitario de Alcalá en abril de 1571 y confesor de las monjas que vivían en el cercano convento de la Imagen. Su nuevo cargo le obligó a dejar Mancera y a sus hermanos de comunidad para ir a pie hasta su nuevo destino.

Allí empezó a administrar la casa de estudios y a aplicar medidas de austeridad en la vida de los religiosos que se alojaban en ella, hasta el punto de que las primeras críticas a la excesiva severidad del nuevo superior no se hicieron esperar y la Iglesia decidió enviar un comisario apostólico para comprobar la veracidad de las mismas. Sin embargo, el prelado encargado de controlar el monasterio aprobó el régimen y la disciplina impuestos por Juan, elogiando además la actitud de los estudiantes. Juan les recordaba a menudo que no olvidasen que ante todo eran religiosos y que no debían descuidar sus obligaciones.

Durante la estancia en Alcalá, se reclamó su presencia en el monasterio de Pastrana. La actitud del nuevo maestro de novicios, Ángel de San Gabriel, resultaba escandalosa: algunos monjes se lamentaban porque obligaba a los novicios a cumplir actos de penitencia y de mortificación del cuerpo y el espíritu demasiado duros, incluso violentos. Según las crónicas de esta época, el maestro azotaba a los novicios exigiéndoles que bajaran fuego del cielo con sus oraciones, como le había ocurrido al profeta Elías, para prender fuego a una hoguera mojada. En otras ocasiones les obligaba a vestirse con ropa hecha con retales para ir a buscar leña, que luego debían vender por la zona a un precio elevado por lo que eran el blanco de la ira de la gente.

Las críticas y el revuelo suscitado por dichos excesos llegaron a oídos de la hermana Teresa quien, con discreción, envió a Juan con la idea de volver a poner orden en el monasterio. Lo logró una vez más. Para evitar que pudieran ocurrir situaciones semejantes en el futuro, creyó conveniente elaborar una regla para la instrucción de los novicios que indicase el camino a seguir y así evitar cualquier abuso.

El profeta Elías, inspiración espiritual de los carmelitas, representado en una pintura de la iglesia de Santa María de la

Salud de Venecia.

En su camino espiritual, Juan de la Cruz había entendido que la finalidad del alma era la unión con Dios mediante el amor y que las penitencias y renuncias constituían un medio para alcanzar este resultado, no un fin en sí mismas. Criticaba y reprendía a los monjes que anteponían el medio a la finalidad, Dios, sometiéndose u obligando a los novicios a prácticas perniciosas e incluso sádicas. En un fragmento de Noche oscura critica el exceso de penitencia en novicios y monjes, advirtiendo que se desvía la atención sobre el objetivo final, que es el amor de Dios:

Algunos se matan a penitencias y otros se debilitan con ayunos, haciendo más de lo que su flaqueza sufre, sin orden y consejo [ajeno], antes procuran hurtar el cuerpo a quien deben obedecer en lo tal, y aun algunos se atreven a hacerlo aunque les hayan mandado lo contrario. Estos son imperfectísimos, gente sin razón, que posponen la sujeción y obediencia —que es penitencia de razón y discreción, y por eso es para Dios más acepto y gustoso sacrificio que todos los demás— a la penitencia corporal, que, dejada esotra aparte, no es más que penitencia de bestias, a que también como bestias se mueven por el apetito y gusto que allí hallan.[5]

Llegada a Ávila

En el verano de 1570 el comisario apostólico Pedro Fernández pidió a Teresa de Jesús que asumiera el cargo de priora del convento de la Encarnación de Ávila, donde vivían carmelitas calzadas: fue una dura tarea para ella. Debía poner orden en un convento donde reinaba la anarquía y la corrupción.

Muchas de las monjas pasaban largo tiempo fuera del convento visitando a familiares, algunas incluso tenían pretendientes y otras, que habían ingresado sin vocación, eran reacias a seguir una vida monástica que las obligase a renunciar a los placeres mundanos.

Como era de esperar, el anuncio de la llegada de Teresa de Jesús generó protestas dentro y fuera del convento, tantas que la policía de la época tuvo que escoltarla hasta el edificio. Su llegada causó revuelo en la comunidad y muchas monjas no estaban de acuerdo con el nombramiento. Teresa, haciendo oídos sordos a la hostilidad reinante y con el apoyo de algunas religiosas que la acompañaban, empezó a poner orden y disciplina: redujo las visitas, alejó a los pretendientes y restableció un clima más espiritual entre las monjas.

Todo se ajustaba a su plan, pero para llegar a buen puerto era necesaria la presencia de un padre espiritual que compartiese sus ideas y la apoyase en su ardua tarea: y quién mejor para ello que Juan de la Cruz.

Quiso llevarlo a Ávila con diplomacia y firmeza, a pesar de su cargo

de rector en el Colegio de Alcalá. Su determinación obtuvo éxito y meses más tarde Juan de la Cruz fue nombrado confesor de las monjas de la Encarnación. Se alojaba en el convento del Carmen junto con un hermano de comunidad que lo había acompañado. Teresa permitió que las monjas eligieran confesor porque no quería irritar a los padres que las realizaban en el convento antes de su llegada.

Una dama intenta seducir a Juan

Una noche se presentó en Torrecilla una joven muy atractiva perteneciente a una de las familias más acaudaladas de la ciudad. La chica había logrado burlar la vigilancia del monje que vivía con Juan y entró en su celda por sorpresa.

La visita inesperada asombró a Juan, pero aún se quedó más atónito cuando la joven le confesó que estaba enamorada de él. Recordando este episodio, el monje admite que le resultó difícil resistirse a dicha tentación dada la belleza y los modales de la joven. Esta tuvo que retomar el camino de vuelta a casa en plena noche sin dar crédito al rechazo.

La influencia de Juan resultó inmediata y muchas hermanas adoptaron un estilo más austero, una vida monástica fortalecida y renovada. Su compromiso en el convento era cada vez mayor, muchas monjas solicitaban sus servicios espirituales y fue por este motivo que Teresa pidió que pudiera alojarse en Torrecilla, en una pequeña casa situada al lado del muro del convento de la Encarnación. A partir de entonces, esta diminuta ermita se convirtió en lugar de peregrinaje para los fieles de la región que deseaban recibir los consejos del ya célebre religioso.

El padre seguía escrupulosamente la vida del convento, sus problemas y los de las monjas, a las cuales a menudo daba pequeños escritos con máximas de la fe que podían motivarlas o ayudarlas en sus caminos. Algunas de estas máximas han llegado hasta nuestros días. Por ejemplo:

La mosca que a la miel se arrima impide su vuelo; y el alma que se quiera estar asida al sabor del espíritu impide su libertad y contemplación.

Lo que pretende Dios es hacernos dioses por participación, siéndolo Él por naturaleza; como el fuego convierte todas las cosas en fuego.

El ambiente renovado del convento resultaba tan obvio que la misma Teresa de Jesús quedó asombrada: al fin se habían acabado las visitas y las intromisiones exteriores, y las monjas rara vez se ausentaban del lugar. El cambio tampoco pasó desapercibido fuera del recinto, y creó malestar entre familiares y amigos de las religiosas.

Un caballero que mantenía una relación con una monja se enfureció ante este cambio de rumbo y cuando la joven decidió romper la relación —por consejo de Juan—, el noble decidió vengarse. Al anochecer esperó al religioso en la calle que iba del monasterio a Torrecilla y le agredió, golpeándole violentamente. Juan no quiso darle mayor importancia y no se lo contó a nadie, a excepción de algunos hermanos, y solo lo explicó años más tarde diciendo que había servido para salvar un alma.

Juan de la Cruz también era el guía espiritual y el confesor de santa Teresa, que a menudo lo llamaba «padre espiritual». El religioso, por su parte, tenía la costumbre de referirse a Teresa como «su hija». No todo el mundo aceptaba la idea de que un monje de apenas treinta años llamase «hija» a una madre superiora, fundadora de muchos monasterios y artífice de la reforma de los carmelitas, que, además, tenía cincuenta y siete años. Hubo quien se escandalizó, como Ana de Jesús, priora del monasterio de Beas de

Segura, que se lo reprochó a Teresa. Esta, en cambio, afirmaba mantener solo una profunda relación espiritual.

El milagro de una hermana moribunda

Un día llamaron a Juan de la Cruz para que diese los últimos sacramentos a una monja enferma de gravedad. Cuando ya no había nada que hacer, las monjas la llevaron a una celda más cómoda, pero la enferma murió durante el traslado. Al llegar Juan, una de las hermanas presentes lamentó su tardanza y que no hubiera podido estar presente en el momento en que la hermana había dado su alma a Dios. El santo permaneció en silencio y se retiró para rezar con fervor, hasta que la monja resucitó milagrosamente y Juan pudo, al fin, completar los últimos sacramentos acompañándola hasta el final.

Durante los años en Ávila, santa Teresa también empezó a tener experiencias místicas en presencia de su confesor, las cuales la llevarían a la perfección espiritual (estado de gracia por la unión divina-humana, llamado «matrimonio espiritual»).

La fama del joven monje carmelita se difundió con rapidez por el territorio: la gente lo consideraba un santo y muchos acudían a él para recibir bendiciones y consejo espiritual. Un día, el padre general de la Orden de San Agustín pidió sus servicios para resolver una situación grave: una monja del convento agustiniano de Nuestra Señora de Gracia en Ávila parecía estar poseída por el demonio. Se llamaba María de Olivares y destacaba por su capacidad de oratoria sobre las Sagradas Escrituras, que exponía ante muchos fieles e incluso con grandes teólogos. El prior estaba convencido de que solo el santo podría resolver la situación, que ya duraba desde hacía tiempo y nadie conseguía remediar.

Juan no estaba muy convencido, pero se vio obligado a aceptar el encargo y acudió al monasterio para empezar las investigaciones. La monja, al verle llegar, dejó de hablar y empezó a gritar y a sacudir el cuerpo violentamente, señales inequívocas de una posesión demoníaca. Ante lo cual el santo inició una serie de exorcismos, de una a dos veces por semana durante meses, hasta que supo que la mujer había firmado un pacto de sangre con el diablo cuando era pequeña. Tras muchos intentos que debilitaron aún más su cuerpo —que ya lo estaba por las penitencias y los ayunos—, Juan logró tranquilizar a la monja y se hizo con el papel en el que el pacto estaba escrito. Lo quemó de inmediato y, a partir de entonces, el sinvivir de la monja fue mejorando hasta quedar liberada.

Esta experiencia causó gran sensación y contribuyó a acrecentar la fama de santo de Juan. Muchos solicitaban su presencia para enfrentarse a posesiones, e incluso Teresa lo llamó para examinar el caso de otra monja que se encontraba en el monasterio carmelitano de Medina del Campo. Se trataba de un caso de apatía, que en la actualidad diagnosticaríamos como depresión.

Al finalizar este encargo regresó enfermo y exhausto a su ermita. La madre superiora se dio cuenta del frágil estado de salud en que se encontraba y para evitarle el duro invierno de Ávila, le pidió que la acompañara a Segovia para fundar un nuevo monasterio, donde además podría reponerse.

En 1575, a la vuelta de Segovia, Juan retomó sus tareas en el monasterio de la Encarnación con todas sus fuerzas. Fue en este momento cuando tuvo lugar uno de los momentos de éxtasis que conocemos.

Se encontraba en la iglesia del monasterio absorto en la oración, cuando de repente tuvo una visión de Cristo crucificado que

expresaba todo su sufrimiento. Junto a él también había un cordero que se sacrificaba voluntariamente para salvar a la humanidad.

El Cristo de San Juan de la Cruz

En 1951, el pintor español Salvador Dalí (1904-1989) vio el dibujo que san Juan de la Cruz había realizado de uno de sus éxtasis gracias a un carmelita francés, Bruno de Jesús María, y le vino la inspiración.

El artista pintó un Cristo crucificado muy parecido al del santo, una obra conocida hoy en día como El Cristo de San Juan de la Cruz. Se trata de un óleo sobre tela que se conserva en el Kelvingrove Art Gallery and Museum de Glasgow, en Escocia, y que representa la crucifixión desde el mismo ángulo que el dibujo realizado por el místico español.

Esta obra forma parte de la época en que Dalí se acercó al catolicismo, se separó de los surrealistas y empezó a interesarse por el Renacimiento italiano.

El cuadro muestra un plano desde arriba, como si se observase la crucifixión a través de los ojos de Dios. La cruz se erige hacia el cielo y una luz divina la golpea, haciendo emerger de las nubes a Cristo abandonado al sacrificio. La figura del Mesías tiene el cuerpo ligeramente inclinado hacia adelante.

En el fondo, a sus pies, se vislumbra un paisaje con un lago y unos pescadores iluminados por la luz vítrea de una puesta de sol. Cerca de los pescadores y anclado en el puerto se observa un bote: una referencia a los apóstoles, a Pedro y a la Iglesia romana.

Al terminar la visión extática, Juan tomó papel y pluma y dibujó la imagen. El santo dio el dibujo a la monja Ana María de Jesús, que lo guardó para siempre. En la actualidad, se conserva en el monasterio de la Encarnación, donde se expone en una vitrina. La reproducción de la visión muestra todo tipo de detalles, resulta realista y se observa desde arriba a Cristo crucificado. Su cabeza permanece inclinada, las manos llenas de sangre están clavadas a la cruz y la espalda doblada ligeramente hacia adelante.

La detención

A partir de 1575, la relación entre los carmelitas calzados y los descalzos se tensó. En la reunión de la orden que tuvo lugar entre mayo y junio del mismo año, se decretó el cierre de los conventos de los descalzos en Andalucía, y a Teresa de Jesús se le prohibió la fundación de nuevos monasterios.

El nuncio apostólico Nicolás Ormaneto, encargado de supervisar las decisiones que se tomasen en la reunión, se mostró sorprendido, y para resolver las disputas entre las dos comunidades decidió reunir todos los monasterios de los carmelitas reformadores bajo un único superior. Para el cargo se eligió al padre Jerónimo Gracián, quien organizó otro capítulo de los carmelitas descalzos en septiembre de 1576 en Almodóvar.

En esta ocasión, los reformadores definieron las bases de su orden, buscando el consenso entre los que apostaban por dar mayor importancia a la vida activa, y volver al apostolado, y los que preferían una vida contemplativa. Los descalzos decidieron mandar un emisario a Roma con el fin de obtener el permiso del papa para ser una orden autónoma e independiente.

Esta iniciativa fue la gota que colmó el vaso de las relaciones entre carmelitanos: los no reformadores se oponían a la posible autonomía de los descalzos y su reacción no se hizo esperar. Juan de la Cruz fue la víctima elegida.

Aunque no era un personaje influyente desde el punto de vista eclesiástico —siempre había rechazado cualquier cargo elevado—, representaba al Carmelo reformador y su fama de santo se había extendido por todas partes. Para acabar definitivamente con la reforma era necesario golpear a su principal símbolo.

A principios de 1576, los carmelitas calzados raptaron a Juan junto con el hermano con quien compartía la ermita, Germán de San Matías. Ambos fueron alejados de Torrecilla y encerrados en una prisión. Sin embargo, el encarcelamiento se vio truncado gracias a las protestas de la población. Los dos monjes fueron liberados con la prohibición de ejercer en el convento de la Encarnación.

Esta orden levantó las quejas de las monjas, que no entendían por qué debían someterse a las decisiones de los calzados y aún menos estaban dispuestas a perder a su confesor, el cual, por su lado, había vuelto a Torrecilla, generando el consiguiente malestar entre sus superiores.

Tras la muerte del nuncio Ormaneto, Juan se encontró sin protector: no podía contar con la ayuda de santa Teresa, pues esta se hallaba de nuevo ocupada en fundar otros monasterios, por lo que a menudo se encontraba lejos de Ávila. Los calzados se aprovecharon de esta situación y quisieron volver a secuestrar a Juan, pero la intervención de unos fieles logró impedirlo. Sin embargo, en la noche del 2 al 3 de diciembre de 1577, un grupo de monjes acompañados por algunos laicos se presentaron en Torrecilla y lo lograron. Detuvieron y torturaron a Juan y a Germán y los metieron en un calabozo del convento de Ávila.

No obstante, lo que más preocupaba a Juan era que algunos de los documentos valiosos sobre los descalzos que guardaba en su celda fuesen a parar a manos equivocadas. Por ello trató de fugarse: la

mañana del día después de la detención obtuvo permiso para celebrar una misa. Fue conducido a una capilla pequeña y allí lo dejaron solo. Entonces vio la oportunidad de escapar, salió de la capilla y se dirigió a Torrecilla para destruir los documentos secretos. Cuando saltó la alarma, los carceleros lo encontraron enseguida y volvieron a encerrarlo. Después de torturarle, lo condujeron en secreto al monasterio de los descalzos de Toledo. El hermano Germán fue enviado a la prisión del monasterio de Arévalo, en San Pablo de la Moraleja.

Con los ojos vendados para que no pudiera reconocer su lugar de destino, Juan llegó a Toledo a principios de diciembre de 1577. Fue procesado y condenado, acusado de haber desobedecido a los superiores de la orden, con cargos de rebelión y contumacia. Lo encerraron en una celda minúscula, de apenas un metro sesenta y siete centímetros de ancho, y dos metros sesenta y ocho de largo, sin aberturas: era la letrina de una sala contigua.

Tres veces por semana lo llevaban al comedor donde los otros monjes comían, allí era recibido con insultos y golpes. El resto de su tiempo lo pasaba encerrado en la celda maloliente e insalubre, sin posibilidad de escapar.

Esta situación duró seis meses, hasta que su carcelero fue reemplazado y en su lugar pusieron a un monje más benevolente. Al nuevo guardián le impresionaba la tranquilidad del prisionero, que nunca se lamentaba, motivo por el cual le permitía salir del calabozo para estar un rato en la sala adyacente cuando los superiores del monasterio dormían la siesta. Aprovechando la amabilidad del vigilante, Juan le pidió papel y pluma. De esta forma empezó a escribir algunas de sus obras fundamentales de poesía y mística: Cántico espiritual, el poema La fonte y el romance sobre el salmo Super flumina Babylonis.

Las salidas de la mazmorra le sirvieron para hacerse una idea del lugar donde estaba: desde la ventana veía correr un río a los pies del monasterio y dedujo que se trataba del Tajo. Gracias a esto intuyó que debía encontrarse en Toledo, lo que le sirvió para empezar a tramar un plan de fuga.

Un día el guardia le trajo tijeras, aguja e hilo para que se zurciera los jirones de la ropa, pues Juan llevaba la misma desde el día en que lo habían encarcelado. Entonces, utilizó el hilo para medir la altura que había entre la ventana y el muro del convento. Luego, aflojó los tornillos del cerrojo de la ventana y elaboró una cuerda cortando su manta en tiras alargadas. La cuerda no era lo bastante larga, faltaban dos metros para llegar al suelo, pero Juan pensó que está distancia no supondría un problema, pues podría saltar.

El plan de fuga se llevaría a cabo sin problemas. Una noche de agosto se le presentó la oportunidad: logró descender a través de la ventana, saltó el muro del monasterio y se alejó hasta llegar a una casa, donde pidió cobijo para dormir y recuperarse del esfuerzo.

Al día siguiente, vio que muy cerca de la casa estaba el monasterio de San José, fundado años atrás por santa Teresa, y se dirigió hasta él. La priora lo reconoció y lo acogió. Sin embargo, el mismo día los carmelitas calzados fueron al convento en su busca, pero no lo encontraron gracias a la habilidad de las monjas para ocultarle.

Las religiosas nunca olvidarían la figura de Juan al llegar. A causa del ayuno y la tortura, el fraile había entrado en la iglesia casi en éxtasis, se había arrodillado ante el crucifijo y había empezado a recitar versos fruto del dolor y del vacío que la experiencia en prisión le habían inspirado. Eran versos con una fuerza inaudita que hablaban de la alegría infinita del alma que se une a su amado, a Dios. Las monjas los escucharon embelesadas y algunas incluso

quisieron transcribir sus palabras.

La priora envió de inmediato un mensaje de ayuda al arzobispo de Toledo, que también era el administrador del Hospital de la Santa Cruz. Poco después, el prelado llegó al monasterio en carroza y Juan fue llevado al hospital, donde pudo recuperarse. Durante su estancia, Juan trabajó en el Cántico espiritual y escribió los versos del poema Noche oscura. Ya en otoño abandonó el hospital acompañado por la guardia del arzobispo hasta Almodóvar.

La nueva fase de la reforma

Una vez recuperado volvió con sus hermanos y, a pesar de su frágil estado de salud, el 9 de octubre de 1578 participó en el capítulo de los carmelitas descalzos, en Almodóvar. Los padres eligieron al padre Antonio como provincial y enviaron un delegado para pedir al papa el reconocimiento de los descalzos como orden independiente. Juan fue trasladado a Andalucía con el cargo de prior del convento del Calvario.

El nuncio apostólico, Felipe Sega, declaró nulo el capítulo de los carmelitas descalzos y excomulgó a sus participantes, hizo detener a sus altos cargos y se los llevó a Madrid. De esta forma, los carmelitas descalzos quedaban bajo la jurisdicción de los calzados. La situación empezaba a ser crítica cuando un hecho inesperado cambió la suerte de la orden reformadora.

Una intervención exterior obligó al nuncio apostólico a reconsiderar sus decisiones hacia los descalzos: el conde de Tendilla, gran defensor de los reformadores, no compartía las opiniones hostiles del nuncio apostólico y pidió al rey que mediase en la disputa entre las dos órdenes. Felipe II, que se había reservado el derecho de plácet sobre cualquier cuestión relacionada con la Iglesia católica en España, se expresó a favor de los monjes reformadores y pidió que la decisión del prelado fuese justa y ecuánime. Tras la mediación real, el nuncio Sega creó una comisión para calmar las aguas y encontrar una solución. Estaba formada por el capellán de Felipe II, un agustiniano y dos monjes dominicos. En primer lugar decidieron que se debía liberar a los descalzos de la obediencia de los calzados y que el padre Salazar tenía que ser nombrado vicario general de la nueva orden. Fue investido el 1 de abril de 1579.

Al fin se preparó un documento en el que se pedía al papa la separación de las dos hermandades; la autorización llegó el 22 de junio de 1580 cuando el papa Inocencio XIII firmó un documento que establecía que los descalzos eran una orden religiosa autónoma. A partir de entonces, Juan empezó a tener un papel cada vez más relevante en el seno de la orden.

La salida hacia Andalucía

En otoño de 1578, Juan se dirigió a Jaén para asumir la dirección del convento del Calvario, pero por el camino decidió parar en el convento de las carmelitas descalzas de Beas de Segura, fundado por la hermana Teresa en febrero de 1575 y cuya priora era Ana de Jesús. Esta se había hecho monja en 1570 siguiendo el ejemplo de la madre reformadora. Las dos religiosas habían entablado una fuerte amistad, tanto que la joven monja sería considerada la heredera espiritual de la santa de Ávila y la figura central de las carmelitas tras la muerte de Teresa. De hecho, Ana de Jesús sería la encargada de publicar las obras de la santa.

La priora acogió al monje, que llegó al convento físicamente exhausto tras el cautiverio. No hablaba con nadie y parecía estar inmerso en un estado místico. Para hacer reaccionar al huésped, Ana de Jesús pidió a una monja que entonara un canto espiritual: la música obtuvo el efecto deseado e incluso más. Juan se emocionó tanto que lloró y perdió el conocimiento.

Esta experiencia lo liberó de la tensión de los momentos vividos en Toledo, pero al mismo tiempo le llevó a un estado de éxtasis continuo. El recuerdo del sufrimiento todavía permanecía vivo en lo más íntimo de su ser. Su alma se había liberado de las ataduras con el mundo, se había vaciado de todo para poder llenarse únicamente con el amor de Dios. Y fruto de estas sensaciones nacieron los emotivos versos del Cántico espiritual.

Tras unos días en Beas de Segura, retomó el camino hacia el convento del Calvario. Allí permaneció durante siete meses, hasta la

primavera de 1579, dedicándose con energías renovadas a la cura espiritual de los religiosos.

El monasterio se encontraba en un valle boscoso, un lugar aislado donde la pequeña comunidad llevaba una vida eremítica muy sencilla y austera. Los monjes dormían en camas hechas con esteras de romero, ayunaban durante días y solo comían un poco de pan y una sopa de hierbas amargas. Llevaban cilicio: algunos lo habían llevado durante un año sin quitárselo.

Para Juan era una vida de oración y penitencia que le inspiraba aún más a reflexionar. En su opinión, los monjes pasaban demasiado tiempo encerrados en sus celdas haciendo penitencia y en consecuencia perdían fuerza vital.

Juan decidió introducir las salidas del monasterio. Llevaba a los hermanos al bosque, donde leían y comentaban algunos pasajes de las Sagradas Escrituras, les daba tiempo libre para que pudiesen meditar y admirar la naturaleza. Deseaba poder inculcarles una mayor sensibilidad frente a las maravillas del Señor y hacer revivir en sus almas la alegría de la unión con Dios. En su obra Cántico espiritual, Juan expresa la presencia divina en todas las cosas:

Mi Amado, las montañas, los valles solitarios nemorosos, las ínsulas extrañas, los ríos sonorosos, el silbo de los aires amorosos; la noche sosegada en par de los levantes de la aurora, la música callada, la soledad sonora, la cena que recrea y enamora.[6]

En el futuro, durante el proceso de beatificación de san Juan de la Cruz, los monjes recordarían la figura del prior como la de una persona humilde y benévola, que nunca corregía a sus subordinados en público e iba con cuidado de no herir la sensibilidad de los

demás.

Durante este periodo, el santo escribió un tratado con cautelas y consejos para hacer frente a los peligros espirituales y algunas máximas que dejó a las monjas del monasterio de Beas de Segura.

Máximas espirituales

Procure siempre inclinarse:

no a lo más fácil, sino a lo más dificultoso;

no a lo más sabroso, sino a lo más desabrido;

no a lo más gustoso, sino antes a lo que da menos gusto;

no a lo que es descanso, sino a lo trabajoso;

no a lo que es consuelo, sino antes al desconsuelo;

no a lo más, sino a lo menos;

no a lo más alto y precioso, sino a lo más bajo y despreciable;

no a lo que es querer algo, sino a no querer nada;

no andar buscando lo mejor de las cosas temporales, sino lo peor;

y desear entrar en toda desnudez y vacío y pobreza por Cristo de todo cuanto hay en el mundo.

Juan de la Cruz, Salita del Monte Carmelo, Edizioni OCD, Roma 2010, pág. 105.

◊ □ ◊

Un solo pensamiento del hombre vale más que todo el mundo; por tanto, sólo Dios es digno de él.

Niega tus deseos, y hallarás lo que desea tu corazón. ¿Qué sabes tú si tu apetito es según Dios?

Como el que tira del carro la cuesta arriba, así camina para Dios el alma que no sacude el cuidado y apaga el apetito.

Juan de la Cruz, Avvisi e Sentenze, in Opere, Postulazione Generale dei Carmelitani Scalzi, Roma 1991, págs. 1084-1086, n. 15; 1088-1091, nn. 32, 53.

Además, en estos meses realizó un esbozo del Monte Carmelo y lo ofreció a los religiosos y religiosas para que lo guardasen en el libro de oraciones. El dibujo mostraba las fases con las cuales el alma

logra la unión perfecta con Dios. Más tarde también escribió un comentario sobre La subida del Monte Carmelo, donde describe las fases de ascensión espiritual.

En el monasterio de Baeza

El 13 de junio de 1579, Juan fue reclamado y enviado a Baeza, donde los carmelitas descalzos querían fundar una nueva casa de estudios. El nuevo convento se inauguró en agosto de 1579 y Juan ocupó el cargo de superior hasta 1582. La llegada de los carmelitas descalzos a Baeza causó mucha alegría, pues se sabía que entre ellos se encontraba Juan, ya reputado teólogo por su cultura y aclamado como santo del pueblo.

Uno de los episodios de esta época cuenta un momento de éxtasis de Juan durante una misa. En el momento de consagrar la comunión, los presentes vieron cómo el sacerdote quedaba absorto, como ausente en un momento contemplativo. Se interrumpió la ceremonia y gracias a la intervención de otro monje que reclamó su atención y le dijo que todavía no había terminado la misa, los fieles pudieron recibir la comunión e irse a casa.

En Baeza el santo también se ocupaba del cuidado de las almas. Es el caso de una joven de dieciséis años, María de la Paz, espabilada pero que no estaba segura de confesarse con el monje porque su aspecto humilde le daba la impresión de que podía tratarse de un religioso poco instruido.

Al fin, vencida por la curiosidad y las ganas de conocerle, decidió hablar con él, pero antes de que pudiera abrir boca, el monje exclamó: «¡Hija, por desgracia no soy un iletrado!». Le preguntó por qué se lo decía, y él respondió: «Deseabas escucharlo, y te lo he dicho». La joven se convirtió en su hija espiritual durante tres años y luego fue monja carmelita.

Durante su estancia en Baeza no se olvidó de las monjas de Beas de Segura y las visitaba a menudo.

Consejos espirituales para los religiosos

Como trae allí a las almas para que se prueben y purifiquen, como el oro con fuego y martillo, conviene que no falten pruebas y tentaciones de hombres y de demonios, fuego de angustias y desconsuelos.

En las cuales cosas se ha de ejercitar el religioso, procurando siempre llevarlas con paciencia y conformidad con la voluntad de Dios, y no llevarlo de manera que, en lugar de aprobarle Dios en la probación, le venga a reprobar por no haber querido llevar la Cruz de Cristo con paciencia.

Edith Stein, Scientia crucis: studio su san Giovanni della Croce, Edizioni OCD, Roma 1998, págs. 299-300

Entre 1579 y 1580 España se enfrentó a una grave epidemia de gripe, el llamado «catarro universal». Este se expandió con rapidez por todo el país, provocando numerosas víctimas. Juan descubrió que algunos de sus cofrades de El Calvario habían contraído esta enfermedad y los hizo trasladar a Baeza para que recibieran los cuidados necesarios. Se dedicó tanto a los enfermos como a las personas que se recuperaban en el hospital de la ciudad.

La madre de Juan, Catalina, que por entonces vivía en Medina del Campo con las carmelitas de la ciudad, no logró sobrevivir a la gripe y murió en 1579. En 1580 santa Teresa contrajo también la

enfermedad y, aunque pudo salvarse, quedó tan debilitada que nunca más volvería a ser la misma.

Durante estos años, la Orden de los Carmelitas Descalzos perfiló mucho más sus rasgos definitivos. Del 3 al 16 de marzo de 1581 se celebró un nuevo capítulo en Alcalá de Henares, en el que se redactaron las constituciones generales de los monjes y también las de las monjas.

El periodo en Granada

El 28 de noviembre de 1581, Juan se encontró con Teresa de Ávila para organizar la fundación de un nuevo monasterio de monjas en Granada bajo la dirección de Ana de Jesús. Este sería su último encuentro: la santa moriría al año siguiente, el 4 de octubre de 1582, en Alba de Tormes.

Como había sido nombrado prior del convento de los Mártires en Granada, Juan abandonó Baeza y fue a Beas de Segura para luego seguir su camino hacia Granada junto a Ana de Jesús y otras monjas carmelitas que debían fundar la nueva comunidad. Pero cuando llegó a la ciudad, el obispo les notificó que no les daría el permiso para crear un nuevo convento y que la casa destinada a las carmelitas descalzas ya no estaba en venta. Las monjas no se dejaron amilanar y decidieron quedarse en la ciudad. Una noble viuda, muy rica, Ana de Mercado y Peñalosa, les acogió por algunos meses y entabló una buena amistad con Juan: una relación espiritual que perduró hasta la muerte del santo. Este le dedicó el poema Llama de amor viva y su prólogo.

Juan participó muy activamente en los capítulos de los carmelitas descalzos como prior de Granada. El 1 de mayo de 1583 se encontraba en Almodóvar, al cabo de dos años en Lisboa y el 17 de octubre de 1585 en Pastrana. De todas las decisiones que se tomaron, una preveía la subdivisión de la orden en cuatro provincias: Castilla la Vieja, Andalucía, Navarra y Portugal. Juan fue nombrado vicario de Andalucía, lo que le obligó a dejar el cargo de Granada, aunque pudiera seguir viviendo allí. Su nuevo cometido hizo que tuviera que llevar la gestión de siete monasterios masculinos y todos los conventos femeninos de Andalucía y Murcia.

En este periodo, su actividad fue frenética: solo en el año 1586 fundó ocho nuevos monasterios y en 1587 otros seis. Algunos biógrafos han calculado la distancia que recorrió el monje a pie o a lomos de su asno de mayo de 1586 a mayo de 1587: entre cuatro y cinco mil kilómetros, a los que deben añadirse los viajes por Andalucía para visitar los monasterios bajo su jurisdicción.

La actividad administrativa de la orden también proseguía a un ritmo desenfrenado. En mayo de 1586 Juan llegó a Córdoba para inaugurar un nuevo monasterio. El santo elaboró un informe en una de sus cartas, una de las pocas que se han conservado hasta nuestros días. La carta iba dirigida a Ana de San Alberto, priora del monasterio de Caravaca de la Cruz, y describe las grandes celebraciones de la ceremonia y el gentío que participó en ella:

Acabóse de hacer la de Córdoba de frailes con el mayor aplauso y solemnidad de toda la ciudad que se ha hecho allí con Religión ninguna; porque toda la clerecía de Córdoba y cofradías se juntaron, y se trajo el Santísimo Sacramento con gran solemnidad de la iglesia mayor, todas las calles muy bien colgadas, y la gente como el día del Corpus Christi.[7]

El 13 de agosto de 1586 asistió en Madrid a una reunión del consejo provincial que terminó al cabo de un mes. A raíz de este encuentro se decidió sustituir el rito de Jerusalén, que aplicaban los carmelitas descalzos, por el romano. También se pidió el nombramiento de un procurador que representara a la orden en el Vaticano. El 6 de septiembre, Juan presidió la fundación de un nuevo monasterio en Madrid y el 16 de diciembre inauguró otro en Caravaca.

El santo había podido seguir escribiendo a pesar de la dedicación

frenética de estos años, que le obligaba a viajar continuamente por toda Andalucía. En Granada, de 1582 a 1585, terminó el Cántico espiritual, que dedicó a Ana de Jesús. De esta forma el autor le agradecía que algunos de los versos hubieran sido enriquecidos por las numerosas conversaciones espirituales que habían mantenido en el convento de Granada. En estos años también compuso gran parte de su obra poética y trabajó en su creación en prosa.

Suma de la perfección

Olvido de lo criado;

memoria del Criador;

atención a lo interior;

y estarse amando al Amado.

El 18 de abril de 1587 Juan viajó a Valladolid para asistir al cuarto capítulo de los carmelitas descalzos. Fue nombrado por tercera vez prior del convento de Granada, pero mantuvo el cargo solo un año.

La organización de la orden seguía su curso a grandes pasos: el 10 de julio, el papa Sixto V otorgó a los descalzos el título de congregación mediante el documento Cum de statu y el 10 de junio de 1588 se celebró el primer capítulo general. En esta ocasión Nicolás Doria fue elegido nuevo vicario.

A Juan le asignaron los cargos de definidor general y de tercer consejero, además de superior de la comunidad de Segovia a partir de agosto del mismo año. Allí permanecería tres años, hasta agosto de 1591.

La construcción de un nuevo monasterio

La noble Ana de Mercado y Peñalosa recibió con gran tristeza la noticia del traslado de Juan a Segovia, pues de esta forma perdía al guía espiritual que le había sido de un gran apoyo tras la defunción de su marido y su hija. Para evitarlo, decidió trasladarse y seguir al santo hasta Segovia.

La providencia quiso que el plan coincidiese con las últimas voluntades de su difunto marido, quien había pedido que se destinase parte de su herencia a construir una obra para la Iglesia o para los enfermos en su ciudad natal, Segovia.

Para poder abandonar Granada y trasladarse con su sobrina a la misma ciudad que Juan de la Cruz, vendió su casa y adquirió otra muy cerca del que sería el monasterio de los carmelitas descalzos, una construcción todavía medio en ruinas que necesitaba someterse a reformas y ampliaciones, las cuales fueron sufragadas en su totalidad con el dinero de la noble.

El santo seguía los trabajos de reconstrucción, pero a menudo se retiraba a una pequeña cueva situada en las afueras. Ahí podía disfrutar de la tranquilidad necesaria para rezar, y muchas veces alcanzaba el éxtasis.

Él mismo describió sus momentos de introspección mística en algunos versos de gran riqueza:

Entréme donde no supe y quedéme no sabiendo, toda sciencia trascendiendo. Yo no supe dónde entraba, pero cuando allí me vi, sin saber dónde me estaba, grandes cosas entendí; no diré lo que sentí, que me quedé no sabiendo, toda sciencia trascendiendo […]. El que allí llega de vero de sí mismo desfallesce; cuanto sabía primero mucho bajo le paresce, y su sciencia tanto cresce, que se queda no sabiendo, toda sciencia trascendiendo.[8]

Juan revela un milagro a su hermano

En 1591, Francisco, el hermano mayor de Juan de la Cruz, llegó a Segovia para encontrarse con él. El santo le predijo que sería la última vez que se verían y le confió un secreto.

Le explicó que en el monasterio había una imagen sobre pergamino con un Cristo llevando la cruz. Se trataba de una estampa que muchos monjes veneraban y frente a la cual el propio Juan acostumbraba a rezar. Un día decidió exponerla en la iglesia de la abadía para que los fieles también pudieran adorarla. Tras haber puesto el cuadro en la iglesia, Jesús apareció ante los ojos del santo y le preguntó qué podría hacer por él para agradecerle dicho gesto.

Juan pidió sufrir en su lugar y ser menospreciado por todos. Y parece ser que su deseo se hizo realidad, viendo la hostilidad que los propios descalzos empezarían a demostrarle.

El 1 de junio de 1591 se celebró en Madrid el capítulo ordinario de los carmelitas descalzos y, en esta ocasión, a causa de sus desavenencias con el vicario Doria, Juan fue apartado. A partir de este momento recibiría los ataques de sus superiores. Para poder alejarse del vicario y de las intrigas de poder, pidió permiso para salir hacia una misión que se había fundado en México, pero fracasó en su propósito. Sus superiores le ordenaron que volviese a Andalucía, aunque sin un encargo preciso. Por suerte, el provincial de Andalucía era Antonio de Jesús, que había participado en la fundación de Duruelo. Este decidió enviarlo a La Peñuela, en Sierra Morena, donde llegó el 10 de agosto de 1591 sin cargos ni honores,

pero lejos de sus adversarios. Allí vivió apartado, en paz y tranquilo, y escribió la segunda redacción del Cántico espiritual y de la Llama de amor viva.

La última persecución

En 1591 un padre de los carmelitas descalzos, Diego Evangelista, recibió el encargo de reunir toda la documentación sobre el proceso contra el padre Gracián, antiguo superior de la orden. En la instrucción introdujo algunas acusaciones contra Juan, con el fin de vengarse de él porque años atrás, cuando estaba en el monasterio de Sevilla, el santo lo había amonestado a causa de ciertos excesos y comportamientos poco ortodoxos en sus actividades de apostolado fuera del recinto.

Con dicho deseo de venganza quiso obtener de los monjes acusaciones contra Juan, que estaba ya en el ocaso de su vida. Pero su plan obtuvo resultados desastrosos. Ante una persecución tan injusta y evidente, los monjes empezaron a destruir todas las cartas y los escritos autobiográficos del santo, pues sabían que cualquier elemento existente se habría podido utilizar como acusación mediante engaño y manipulación.

Cuando terminó la investigación, el padre Evangelista presentó el informe difamatorio al vicario Doria, en el que acusaba al monje de haber mantenido relaciones ilícitas con mujeres de la nobleza y religiosas. Diego Evangelista esperaba que las desavenencias entre Doria y Juan desembocaran en la expulsión del santo de la orden.

Sin embargo, sucedió todo lo contrario. Aunque mantenía opiniones dispares, Doria apreciaba a Juan y quedó indignado por todas las falsas acusaciones contra él: quemó el informe y afirmó no entender la razón de la venganza.

A pesar de los continuos ataques, Juan pudo mantener su espíritu a salvo, tranquilo y confiado. Un día, cuando un hermano se lamentó por la injusta persecución de Diego Evangelista, Juan le respondió que estas palabras le entristecían más que cualquier otra cosa. A otro hermano que temía la expulsión del santo de la orden, le dijo que nunca llegaría ese momento:

El hábito no me lo pueden quitar sino por incorregible o inobediente, y yo estoy muy aparejado para enmendarme de todo lo que hubiere errado y para obedecer en cualquier penitencia que me dieren.[9]

Retiro a La Peñuela y muerte

Durante las persecuciones, el santo estuvo en La Peñuela (Jaén), un pequeño convento en medio de la naturaleza donde había encontrado, al fin, la paz que siempre había anhelado. Pasaba los días rezando, buscaba la soledad en su celda y en el bosque y ofrecía a su cuerpo lo indispensable.

Si por un lado su espíritu había logrado la unión perfecta con Dios, apartándose de todo aquello que no fuese amor puro y perfecto, su físico, en cambio, había quedado roto y maltrecho a causa del sufrimiento. Juan nunca se había recuperado de la estancia en la cárcel de Toledo y su cuerpo, frágil desde entonces, se resentía. Por añadidura, en sus últimos días sufrió la inflamación de una pierna que le provocaba fiebre alta.

Como el convento donde vivía Juan era pobre, estaba aislado y no disponía de los medios para atenderle, el provincial Antonio de Jesús decidió trasladarlo a Úbeda, donde podría recibir la asistencia médica necesaria. En su última carta a Ana de Mercado, Juan escribió:

Mañana me voy a Úbeda a curar de unas calenturillas, que, como ha más de ocho días que me dan cada día y no se me quitan, paréceme habré menester ayuda de medicina […] dé mis muchas saludes en el Señor; y entrambas le rueguen que sea servido de disponerme para llevarme consigo.[10]

El 28 de septiembre de 1591 Juan fue trasladado a lomos de un asno hasta el monasterio de Úbeda, donde un médico del lugar consiguió operarle la pierna pero sin obtener mejora alguna. Juan era víctima de un tumor que se extendía velozmente por todo el cuerpo.

El superior de Úbeda, Francisco Crisóstomo, era un monje que sentía desprecio hacia el santo porque en el pasado, cuando era maestro de los novicios en Sevilla, este había censurado el excesivo rigor que aplicaba a sus estudiantes.

Al igual que el padre Evangelista, el superior de Úbeda deseaba vengarse del monje que era venerado como un santo. Por ello realizó todo tipo de artimañas para impedir que Juan recibiese los cuidados necesarios: prohibió al monje de la enfermería que cuidase del enfermo y no compró las medicinas necesarias con la excusa que el gasto era demasiado elevado para las arcas del monasterio. Por suerte, esta situación llegó a oídos del padre provincial, que se dirigió de inmediato a Úbeda, pagó de su bolsillo los medicamentos y amonestó a Francisco de Crisóstomo.

No obstante, el estado de salud de Juan no mejoraba. El médico seguía abriéndole la herida, sin anestesia, y le ofrecía remedios. El dolor resultaba inaguantable, pero Juan nunca se quejaba. Lo único que hizo el tratamiento fue retardar lo inevitable. El santo se mantenía sereno y, según dicen algunos testigos, hacía tiempo que conocía la fecha exacta de su muerte.

Tumba de San Juan de la Cruz en el convento de los carmelitas de Segovia.

Tras meses de tormento, el 11 de diciembre pidió el viático, pues sentía que el final estaba cerca. El día 13 al atardecer echó a los monjes de su estancia y les invitó a descansar con la promesa de que serían avisados si la situación iba a peor.

A las once y media de la noche les llamó para decirles que a la mañana siguiente cantaría los maitines en el cielo. El prior empezó a leer las oraciones para la recomendación del alma, pero Juan de la Cruz le pidió que leyera fragmentos del Cantar de los Cantares.

Cuando a medianoche uno de los cofrades se fue para tocar los maitines, Juan confirmó al resto de los monjes presentes que él iría a cantarlos al cielo. Pidió besar el crucifijo y dijo: «En tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu». Murió sin sufrimiento ni dolor el 14 de diciembre de 1591, a los cuarenta y nueve años.

La noticia de su muerte se difundió con rapidez y en la ciudad muchos quisieron rendir homenaje a los restos mortales del religioso. Durante una semana llegaron fieles de todos los rincones de España para despedirse por última vez de Juan de la Cruz, aclamado santo por todos.

En 1593 su cuerpo fue trasladado a Segovia siguiendo su deseo, tal y como se lo había expresado a Ana de Mercado. El féretro viajó de noche para evitar un posible incidente con los seguidores del santo.

El convento carmelita de San Juan de la Cruz en Segovia

El convento carmelita de San Juan de la Cruz en Segovia se encuentra junto a la ermita de la Fuencisla, a orillas del río Eresma y frente al Alcázar, una fortaleza originaria del periodo de dominación islámica (siglos XI–XII). El monasterio había alojado anteriormente a los frades trinitarios de Santa María de Rocamador y en 1586 fue adquirido por los carmelitas.

San Juan de la Cruz fundó el convento de los carmelitas descalzos en 1588 y contribuyó activamente en el proyecto y en la realización del conjunto monástico (que, como sabemos, era poco más que ruinas a la llegada del santo).

Se llevaron a cabo las reformas necesarias gracias a las donaciones de Ana de Mercado. Juan, que había iniciado las obras, no pudo ver terminada la construcción porque en 1591 tuvo que dejar la ciudad para no volver nunca más, pues moriría ese mismo año. Sin embargo, sí pudo admirar la finalización de una parte del convento y de la iglesia. El resto del edificio tardaría nueve años en completarse.

Alrededor del conjunto monástico había una huerta con una cueva en cuyo interior el santo solía retirarse para meditar. En la actualidad, este recinto se puede visitar y desde él se puede disfrutar de una magnífica panorámica de Segovia.

Para ver las reliquias de san Juan de la Cruz que reposan en la

iglesia del convento, hay que subir una escalera empinada que recuerda la subida al monte Carmelo. En 1982, se decoró con nueve cuadros inspirados en la obra poética del santo y realizados por un carmelita mexicano, Gerardo López Bonilla.

El sepulcro de san Juan de la Cruz se encuentra dentro de la iglesia y fue realizado en 1926 por el religioso y artista español Félix Granda.

A pesar de su muerte, san Juan de la Cruz continuó ejerciendo una gran influencia en el mundo católico: en 1630 se publicaron todas sus obras, en 1675 recibió la beatificación por parte de Clemente X y en 1756 fue proclamado santo por Benedicto XIII. En 1926 fue declarado Doctor de la Iglesia y en 1952 patrón de los poetas españoles.

---

[2] VV.AA., Santa Teresa de Jesús. Obras completas. Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 2006, cap. 3, pág. 685.

[3] Ibidem, cap. 13, pág. 719.

[4] Ibidem, cap. 13, pág. 718.

[5] L. Ruano, San Juan de la Cruz. Obras completas, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 2005, pág. 496.

[6] **Ibidem, pág. 645.**

[7] **Ibidem, pág. 203.**

[8] **Ibidem, pág. 80.**

[9] **Ibidem, pág. 233.**

[10] **Ibidem, pág. 234.**

Obras y mensaje

El poeta Antonio Machado (1875-1939) definió a san Juan de la Cruz como «el más santo de los poetas y el más poeta de los santos», una frase que resume en pocas palabras la naturaleza de este místico y poeta español que logró describir con sus versos la cima de la experiencia mística, es decir, la unión del alma con el Creador. En España es el máximo exponente de la poesía en lengua castellana y por ello fue nombrado patrón de los poetas españoles en 1952.

Antes de vivir la experiencia carcelaria de Toledo, Juan solo había escrito glosas sobre algunos temas religiosos. En prisión recibió la inspiración poética. En lugar de debilitar su voluntad, la reclusión le sirvió para reafirmarse en la fe y ser más consciente todavía de la necesidad de la reforma. Este momento coincide con el punto álgido de su experiencia mística: en la soledad y la miseria de la cárcel, Dios se le manifestó de forma misteriosa. Mientras su cuerpo se quejaba por el dolor debido a los constantes maltratos, su alma experimentó el bienestar de la unión mística con el Creador.

No existen palabras para explicar esta experiencia: los profetas del Antiguo Testamento que alcanzaron esta unión, perdieron la capacidad de hablar o se convirtieron en tartamudos, pues resulta imposible describir lo que no se puede comprender. Sin embargo, para san Juan de la Cruz la cúspide de la unión mística con Dios coincidió con su inspiración poética. Su poesía brolló en esta situación. La belleza de lo divino y el amor puro que Dios otorga al alma fueron para Juan momentos de poesía.

A partir de entonces, el fraile empezó a escribir sus obras más relevantes, tanto en poesía como en prosa, y siguió haciéndolo hasta sus últimos días. Su producción es vasta e incluye algunas obras en verso, como diez romances y cinco poemas, un conjunto de consejos destinados a los monjes, los Cuatro avisos a un religioso para alcanzar la perfección, y un conjunto de sentencias, los Dichos de luz y amor. Han llegado hasta nuestros días solo unas treinta

cartas, las únicas que no fueron destruidas para escapar de la investigación que organizó el padre Evangelista contra el santo.

Su producción en prosa es fruto de las preguntas de monjes y laicos que lo tenían como padre espiritual. Para terminar, debemos recordar sus grandes obras, tanto en poesía como en prosa: La subida del Monte Carmelo, Noche oscura, Cántico espiritual y Llama de amor viva. Son cuatro escritos de gran valor teológico y espiritual que convierten al santo en uno de los mayores doctores de la Iglesia.

San Juan de la Cruz es uno de los máximos exponentes de la mística de Occidente. Recuperó y reformuló el pensamiento de los grandes maestros de la teología mística, como Dionisio Areopagita y el Maestro Eckhart. Escribió en total un millar de versos y más de mil páginas en prosa.

El pensamiento de san Juan de la Cruz

Antes de adentrarnos en la lectura de la obra de san Juan de la Cruz, debemos conocer su pensamiento. El tema central de sus escritos es el camino hacia la unión entre el alma y Dios, un camino que culmina con la deificación del hombre.

El santo afirma que la finalidad de la vida no consiste en perseguir y querer alcanzar la autorrealización personal, lo cual podría atar el alma a las pasiones físicas y espirituales, condenándose a un estado de necesidad y de insatisfacción perenne. La naturaleza del alma anhela unirse con Dios mediante una relación que la llene de dones espirituales y le insufle un amor incorruptible y eterno. Gracias a una imagen poética que toma del Cantar de los Cantares, Juan

sostiene:

Si el alma busca a Dios, mucho más la busca su Amado a ella; y si ella le envía a él sus amorosos deseos, que le son a Él tan olorosos como la virgulica del humo que sale de las especias aromáticas de la mirra y del incienso, Él a ella le envía el olor de sus ungüentos, con que la atrae y hace correr hacia Él.[11]

El recorrido que conduce el alma hasta Dios se divide en dos etapas, la mística y la ascética. La primera se refiere al movimiento natural de Dios hacia el hombre, su acercamiento gratuito, que sorprende y maravilla porque el hombre lo vive como un don inesperado. En cambio, la segunda fase representa el inicio del camino del hombre hacia Dios, la ascesis: a ello se refiere san Juan de la Cruz cuando habla de «subida» al Monte Carmelo. En su cima se encuentra Dios, que espera para unirse con el alma purificada y deificarla. Para poder representar esta aproximación, el santo utiliza la imagen del vínculo de amor que une el Amado con la amada —inspirándose en el Cantar de los Cantares—, donde respectivamente el primero es Dios y el segundo el alma. Al finalizar el camino estos alcanzan la unión perfecta, tal y como aparece en el Cántico espiritual:

[Esposo] Entrando se ha la esposa en el ameno huerto deseado, y a su sabor reposa, el cuello reclinado sobre los dulces brazos del Amado. Debajo del manzano, allí conmigo fuiste desposada […]. [Esposa] Nuestro lecho florido, de cuevas de leones enlazado, en púrpura tendido, de paz edificado, de mil escudos de oro coronado.[12]

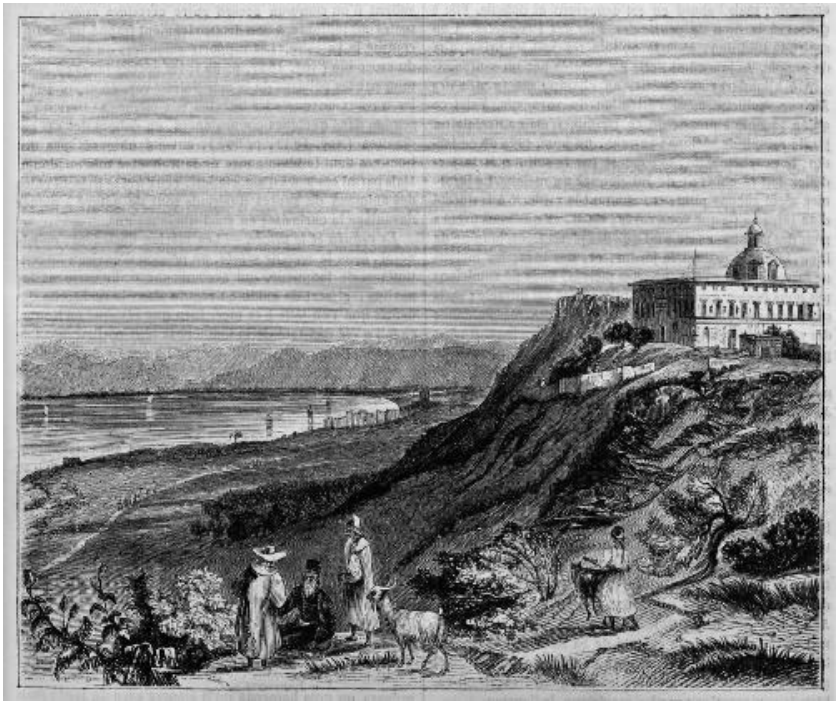
El camino de la ascesis prevé la renuncia a cualquier unión terrenal, a cualquier deseo, tanto carnal como espiritual. El hombre que desea unirse a Dios debe lograr subir hasta él habiendo dejado atrás toda carga que le pudiera impedir la ascesis. Solo de esta forma

puede purificarse y juntar su voluntad con la del Creador.

LA SUBIDA DEL MONTE CARMELO

Una de las monjas del convento de Beas de Segura explicaba que, durante los años en que Juan de la Cruz ejerció allí de confesor, el santo había realizado algunos dibujos de la subida del Monte Carmelo y había entregado uno a cada monja para que lo conservasen en el libro de oraciones. En los años que vivió en el monasterio del Calvario, empezó a elaborar un tratado donde analizaba el significado del dibujo. Este trabajo ha llegado hasta nuestros días con el título de La subida del Monte Carmelo y está formado por tres libros divididos respectivamente en quince, treinta y dos y cuarenta y tres capítulos. El análisis se basa en la imagen realizada por el santo, en que se muestra un monte estilizado, el Carmelo.

La cumbre simboliza el lugar de la unión del alma con Dios, el fin de la vida y del camino espiritual de cualquier cristiano, el punto donde el alma recibe el amor divino y es recompensada por su ascensión con infinidad de bienes espirituales.



En el monte Carmelo, en Israel, fue fundada la Orden de los Carmelitas. Magasin Pittoresque, París, 1843.

De los pies del monte sale un camino que conduce directamente a la cima. A lo largo de este, Juan escribió siete veces la palabra «nada». Para alcanzar la unión mística con el Creador, el alma debe dejar atrás lo terrenal que, como si fuera un lastre, le impide alzarse hacia la cumbre del Carmelo: es la única forma de elevarse y crear el vacío en uno mismo para que Dios pueda penetrar y la llama de amor divino, el Espíritu Santo, pueda arder, purificando al viejo hombre para renovar su espíritu. Se trata del camino estrecho, el mismo que describe Jesús:

Pero es angosta la puerta y estrecho el camino que lleva a la Vida, y son pocos los que lo encuentran.[13]

A ambos lados del camino central se observan dos caminos en dirección hacia la cima. Los dos terminan a mitad de la ascensión y no llevan a ninguna parte. Ofrecen beneficios inmediatos al peregrino, el de la derecha los dones de la tierra y el de la izquierda los dones del cielo de los cuales se saca provecho. Pero ambos son efímeros.

El comentario sobre la ilustración es un tratado de tres libros en el que el autor analiza las etapas de aproximación del alma a Dios. En el primero examina las formas de obtener la purificación de los sentidos y en los dos restantes la purificación del alma mediante la distinción de las tres facultades: entendimiento, memoria y voluntad.

El primer libro termina con la lista de consejos que ofrece el dibujo y el modo en que el alma puede liberarse de las ataduras que imponen los sentidos:

Para venir a gustarlo todo, no quieras tener gusto en nada; para venir a poseerlo todo, no quieras poseer algo en nada; para venir a serlo todo, no quieras ser algo en nada; para venir a saberlo todo, no quieras saber algo en nada; para venir a lo que no gustas, has de ir por donde no gustas; para venir a lo que no sabes, has de ir por donde no sabes; para venir a lo que no posees, has de ir por donde no posees; para venir a lo que no eres, has de ir por donde no eres.[14]

Los dos últimos libros analizan el camino que hay que seguir para purificar el espíritu. Se enumeran las posibles desviaciones, las ataduras que impiden la unión mística y se comentan las etapas que llevan a la iluminación gracias al ejercicio de las tres virtudes

teologales: fe, esperanza y caridad. Estas actúan, de hecho, en las tres potencias del alma: entendimiento, memoria y voluntad.

Habiendo, pues, de tratar de inducir las tres potencias del alma, entendimiento, memoria y voluntad, en esta noche espiritual, que es el medio de la divina unión, necesario es primero dar a entender en este capítulo cómo las tres virtudes teologales, fe, esperanza y caridad —que tienen respecto a las dichas tres potencias como propios objetos sobrenaturales, y mediante las cuales el alma se une con Dios según sus potencias—, hacen el mismo vacío y oscuridad cada una en su potencia: la fe en el entendimiento, la esperanza en la memoria y la caridad en la voluntad.[15]

El alma que se prepara para unirse a Dios debe atravesar una primera fase, la de la noche, en la que se mortifica y se purifica de cualquier apetito, físico y espiritual, que la pueda dañar:

En dando lugar el alma —que es quitar de sí todo velo y mancha de criatura, lo cual consiste en tener la voluntad perfectamente unida con la de Dios, porque el amar es obrar en despojarse y desnudarse por Dios de todo lo que no es Dios—, luego queda esclarecida y transformada en Dios y le comunica Dios su ser sobrenatural de tal manera, que parece el mismo Dios y tiene lo que tiene el mismo Dios.[16]

En el segundo libro de La subida del Monte Carmelo Juan de la Cruz muestra que la fe es el único modo para alcanzar la unión divina y cuáles son los peligros que se esconden detrás de las imágenes que el entendimiento puede adquirir a través de los sentidos interiores y exteriores:

Es imposible que el entendimiento pueda dar en Dios por medio de

las criaturas, ahora sean celestiales, ahora terrenas.[17]

Por lo tanto, el entendimiento debe vaciarse y purgarse de todo aquello que pueda ser percibido y conocido mediante los sentidos y la mente. Solo se debe confiar en la fe, que representa el único modo adecuado para que el alma se una con Dios.

Juan también indica cómo el hombre puede liberarse de las percepciones naturales de la memoria y de cualquier sensación relacionada con los cinco sentidos, para así poder llegar hasta el Creador, que no tiene ni forma ni figura.

En la última parte del ensayo encontramos al fin la voluntad y su purificación a través de la caridad. El santo carmelita descalzo analiza todos los daños que el placer de los bienes materiales puede provocar en el alma y ofrece indicaciones al lector para que reconduzca su voluntad y el disfrute de lo material hacia Dios, de tal modo que no malgaste la energía del amor en objetos terrenales y vacíos. Como aparece en el Eclesiastés: «Así observé todas las obras que se hacen bajo el sol, y vi que todo es vanidad». La obra resulta inacabada, pues termina en este punto.

NOCHE OSCURA

Entre 1584 y 1586 Juan de la Cruz quiso explicar el significado del poema Noche oscura a petición de sus discípulos, que deseaban comprender mejor la obra. Sin embargo, el santo no pudo terminar el encargo y solo llegó a analizar las primeras tres estrofas. Noche oscura siempre ha estado estrechamente relacionada con la Subida del Monte Carmelo, pues las dos obras beben de la misma inspiración poética y en ellas se analizan los primeros versos.

La obra empieza con un prólogo y un poema, y a continuación, en el primer capítulo, encontramos una reflexión sobre la noche como purificación de los sentidos, y en el segundo capítulo la noche como purificación del espíritu.

Juan organizó el libro en dos partes: en la primera quiere mostrar a todos aquellos que decidan tomar el camino para acercarse a Dios cómo deben purificar sus sentidos. En la segunda parte analiza cómo purificar el alma, un acto que supone un gran esfuerzo y que solo lo pueden llevar a cabo aquellos que hayan superado el primer grado de espiritualidad.

Noche oscura

En una noche oscura,
con ansias, en amores inflamada,
¡oh dichosa ventura!
salí sin ser notada,
estando ya mi casa sosegada;

a escuras y segura
por la secreta escala, disfrazada,
¡oh dichosa ventura!
a escuras y encelada,
estando ya mi casa sosegada;

en la noche dichosa,
en secreto, que nadie me veía
ni yo miraba cosa,
sin otra luz y guía
sino la que en el corazón ardía.

Aquésta me guiaba
más cierto que la luz de mediodía
a donde me esperaba
quien yo bien me sabía,
en parte donde nadie parecía.

¡Oh noche que guiaste!;
¡oh noche amable más que el alborada!
¡oh noche que juntaste
Amado con amada,
amada en el Amado transformada!

En mi pecho florido,
que entero para él solo se guardaba,
allí quedó dormido,
y yo le regalaba,
y el ventalle de cedros aire daba.

El aire del almena
cuando yo sus cabellos esparcía,
con su mano serena
en mi cuello hería,

y todos mis sentidos suspendía.

Quédeme y olvídeme,

el rostro recliné sobre el Amado,

cesó todo y dejéme,

dejando mi cuidado

entre las azucenas olvidado.

El neófito que inicia su camino enseguida debe enfrentarse a su primera prueba, la de la noche oscura. En ella tiene que superar la sensación de tristeza, incomodidad y desazón que aparece cuando disminuye el entusiasmo inicial, cuando la exaltación de la primera fase de purificación decae y menguan el placer y la gratificación que el principiante vive tras sus primeros pasos. La subida se endurece y agota, y es justo en este momento del camino que el hombre percibe sus límites y sus defectos. Se trata de un momento de crisis que invita a abandonar a las almas más débiles. Sin embargo, este paso resulta fundamental para que el hombre tome conciencia de sus límites para poder superarlos y crecer en su camino.

Al terminar esta etapa de purificación de los sentidos, se inicia la segunda. Es la noche del espíritu. El alma debe abandonar toda certeza e inclinación y dejar solo a Dios en el centro. En estas condiciones, por un lado se empieza a sentir el placer de la unión mística con Dios y por el otro tememos perder este estado espiritual y que Dios nos abandone:

Todo lo más que padece y siente en los trabajos de esta noche es ansia de pensar si tiene perdido a Dios y pensar si está dejada de Él. Y así siempre podremos decir que desde el principio de esta noche va el alma tocada con ansias de amor, ahora de estimación, ahora también de inflamación.[18]

Al final de la segunda parte de la obra, el santo enumera las tentaciones diabólicas que aparecen en esta nueva fase mística antes de alcanzar la unión «nupcial» con Dios.

CÁNTICO ESPIRITUAL

El poema Cántico espiritual habla de la unión mística del alma con Dios, de las cimas de amor que pueden alcanzar aquellos que hayan superado las etapas y las pruebas de la «noche oscura» y que hayan llegado a la cima del Carmelo, alcanzando el grado máximo de ascesis mística.

San Juan de la Cruz empezó a escribir estos versos entre 1577 y 1578, cuando se encontraba en la cárcel de Toledo. El sufrimiento de esta experiencia le permitió acceder al grado máximo de perfección espiritual y a todos los dones que provienen del amor divino.

En Toledo compuso los primeros treinta y un versos de esta obra, que terminó durante el periodo que estuvo en el convento de Granada, en 1584. Allí mantuvo una intensa relación espiritual y teológica con las monjas del convento de Beas de Segura y, en especial, con la superiora, Ana de Jesús. Juan le dedicó los versos y el comentario del Cántico espiritual.

Al principio del prólogo el autor afirma que la obra está destinada a aquellos que han superado el estado inicial de ascensión que aparece en el poema Noche oscura, y también a aquellos que ya han podido disfrutar de los placeres de la unión del alma con su esposo, Dios.

Estos versos beben del Cantar de los Cantares y representan el vértice de la experiencia mística a través de la imagen de la unión del amado, Dios, con la amada. El poema transcurre por tres fases que debe atravesar toda alma que desee servir a Dios: las primeras dos son las descritas en la Noche oscura y en La subida del Monte Carmelo, la vía purgativa y la de la iluminación. La parte final del poema describe la última fase, la de la unión entre el alma y Dios.

En las primeras estrofas la esposa (el alma) busca ardientemente al esposo:

¿Adónde te escondiste, Amado, y me dejaste con gemido? Como el ciervo huiste, habiéndome herido; salí tras ti clamando, y eras ido. […] Buscando mis amores iré por esos montes y riberas; ni cogeré las flores, ni temeré las fieras, y pasaré los fuertes y fronteras.[19]

A continuación se encuentra la fase de iluminación: se describe al Amado con la imagen de los «ríos sonorosos». San Juan de la Cruz representa el diálogo que entablan Dios y el alma como un río abundante que llena cualquier cavidad que encuentra a su paso.

Cántico espiritual

Esposa

¿Adónde te escondiste,

Amado, y me dejaste con gemido?

Como el ciervo huiste,

habiéndome herido;

salí tras ti clamando, y eras ido. […]

Pregunta a las criaturas

¡Oh bosques y espesuras

plantadas por la mano del Amado;

oh prado de verduras

de flores esmaltado;

decid si por vosotros ha pasado!

Respuesta de las criaturas

Mil gracias derramando

pasó por estos sotos con presura

e, yéndolos mirando,

con sola su figura

vestidos los dejó de hermosura.

Esposa

¡Ay!, ¿quién podrá sanarme?

Acaba de entregarte ya de vero.

No quieras enviarme

de hoy más ya mensajero;

que no saben decirme lo que quiero.

Y todos cuantos vagan

de ti me van mil gracias refiriendo,

y todos más me llagan,

y déjame muriendo

un no sé qué que quedan balbuciendo. […]

Esposo

Vuélvete, paloma,

que el ciervo vulnerado

por el otero asoma

al aire de tu vuelo, y fresco toma.[…]

Esposa

En la interior bodega
de mi Amado bebí, y cuando salía
por toda aquesta vega,
ya cosa no sabía,
y el ganado perdí que antes seguía.
Allí me dio su pecho,
Allí me enseñó ciencia muy sabrosa,
y yo le di de hecho
a mí, sin dejar cosa;
allí le prometí de ser su esposa.
Mi alma se ha empleado
y todo mi caudal en su servicio.
Ya no guardo ganado
ni ya tengo otro oficio,
que ya sólo en amar es mi ejercicio.
Pues ya si en el ejido
de hoy más no fuere vista ni hallada,
diréis que me he perdido;
que, andando enamorada,
me hice perdidiza, y fui ganada.[…]

Esposo

Entrado se ha la esposa

en el ameno huerto deseado,

y a su sabor reposa,

el cuello reclinado

sobre los dulces brazos del Amado.

Con algunas imágenes sacadas del libro de Isaías, el santo describe cómo el alma recibe los dones y el amor divino: «Este embestir divino que hace Dios en el alma como ríos sonorosos toda la hinche de paz y gloria».[20]

La obra termina con la unión perfecta entre Esposo y Esposa:

Gocémonos, Amado, y vámonos a ver en tu hermosura al monte u al collado, do mana el agua pura; entremos más adentro en la espesura. […] Allí me mostrarías aquello que mi alma pretendía.[21]

Así pues, este poema representa la cúspide y la finalización del camino de la ascesis: el santo logra describir el estado de júbilo y gracia del espíritu que alcanza la iluminación y la cima de la perfección espiritual.

LLAMA DE AMOR VIVA

Juan de la Cruz dedicó esta obra a Ana de Mercado y Peñalosa.

Descendiente de una noble familia, esta mujer había nacido en Segovia, se había casado con el noble Juan de Guevara y Peñalosa y muy pronto quedó viuda. Al morir su única hija con siete años, Ana se trasladó a Granada, a casa de su hermano y su sobrina.

Allí conoció a Juan, que había sido nombrado superior del convento de los carmelitas descalzos. Entre ellos nació una fuerte unión espiritual, de tal naturaleza que la noble siguió al santo hasta Segovia y puso de su bolsillo el dinero necesario para reconstruir el convento de los descalzos. Su tumba se encuentra en la iglesia del monasterio de Segovia, donde también se encuentra la de Juan.

Llama de amor viva

¡Oh llama de amor viva,
que tiernamente hieres
de mi alma en el más profundo centro!;
pues ya no eres esquiva,
acaba ya, si quieres;
¡rompe la tela de este dulce encuentro!

¡Oh cautiverio suave!
¡Oh regalada llaga!
¡Oh mano blanda! ¡Oh toque delicado!,
que a mi vida eterna sabe
y toda deuda paga;
matando, muerte en vida la has trocado.

¡Oh lámparas de fuego,
en cuyos resplandores
las profundas cavernas del sentido,
que estaba oscuro y ciego,

con extraños primores

calor y luz dan junto a su querido!

¡Cuán manso y amoroso

recuerdas en mi seno

donde secretamente solo moras,

y en tu aspirar sabroso,

de bien y gloria lleno,

cuán delicadamente me enamoras!

Ana de Mercado y Peñalosa pidió a su padre espiritual que escribiera un comentario de la poesía Llama de amor viva, y este satisfizo su deseo. La obra está formada por una parte en verso y otra en prosa. Para el santo la poesía tenía siempre una inspiración divina y con ella podía expresarse lo indecible, en este caso la unión del alma con la santísima Trinidad después de alcanzar la cima de su ascesis mística. En cambio, veía la prosa como una herramienta para ilustrar sus versos.

Existen dos versiones de esta obra: la primera fue redactada cuando el santo se encontraba en Granada, en 1586, y la segunda en sus últimos años de vida, cuando se retiró al convento de La Peñuela, en 1591. Ambas versiones no presentan muchas diferencias y de hecho no se supo de la segunda versión hasta que en el siglo XVIII un estudioso la halló dentro de un códice de las carmelitas descalzas de Palencia.

La virgen del Carmen con santa Teresa y san Juan de la Cruz (1708), óleo sobre tela del pintor barroco español Juan Rodríguez Juárez. Museo Nacional del Arte, Ciudad de México.

La obra cuenta cómo el alma que ha alcanzado las cotas más altas de la unión mística con Dios se remodela por dicha unión permitiendo la renovación del hombre. La llama es el símbolo que se utiliza para representar el encuentro entre Dios y su criatura: por un lado, la llama del Espíritu Santo que regenera y purifica al alma

que acoge; por el otro, la llama del amor que nace del alma dominada completamente por Dios.

Juan de la Cruz habla de la Trinidad que domina al hombre con su amor vivo. La «regalada llaga» es el Espíritu Santo, el «toque delicado» el Hijo y la «mano blanda» el Padre. El santo revela que en esta vida terrenal el hombre también puede deificarse y lograr el objetivo de la existencia humana. Como dicen los padres de la Iglesia, «Dios se hace hombre para que el hombre se haga Dios». La explicación termina con una invitación al silencio:

Porque lo que Dios obra en el alma a este tiempo no lo alcanza el sentido, porque es en silencio; que como dice el Sabio, las palabras de la sabiduría óyense en silencio.[22]

ROMANCES

Se trata del conjunto de poesías que fueron compuestas durante su reclusión en Toledo. Es una de las obras menores de san Juan de la Cruz, pero ofrece reflexiones teológicas sobre la Trinidad. Está formada por nueve poemas y una paráfrasis del salmo Super flumina Babylonis.

Tal y como hemos visto, los componentes, que empiezan con la paráfrasis del íncipit del Evangelio de san Juan, abordan el misterio de la Santísima Trinidad. El santo subraya cómo el amor es la fuerza que proviene de Dios, que une las tres personas de la Trinidad y también el objetivo al que debe aspirar el alma que desea unirse a su Creador. El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo:

Como amado en el amante uno en otro residía, y aqueste amor que los une en lo mismo convenía con el uno y con el otro en igualdad y valía. Tres Personas y un amado entre todos tres había y un amor en todas ellas y un amante las hacía.[23]

Los Romances recorren la historia del universo desde su creación hasta la encarnación y el nacimiento del Verbo. Una historia llena de amor que termina con el sacrificio de Dios cuando ofrece su Hijo a la humanidad:

Ya que era llegado el tiempo en que de nacer había, así como desposado de su tálamo salía abrazado con su esposa, que en sus brazos la traía.[24]

CAUTELAS

Este breve tratado fue elaborado durante su estancia en El Calvario (1578-1579) y recopila una serie de consejos espirituales para los monjes. La obra se difundió de inmediato entre los carmelitas descalzos, que la acogieron de buen grado. Las Cautelas son indicaciones para enfrentarse y vencer los peligros espirituales que puedan aparecer en el camino hacia la perfección. El santo divide estos obstáculos en tres tipos y a su vez los contrapone a tres categorías de consejos: contra el mundo, contra el diablo y contra la carne.

Cautelas

El alma que quiere llegar en breve al santo recogimiento, silencio espiritual, desnudez y pobreza de espíritu, donde se goza el pacífico refrigerio del Espíritu Santo y se alcanza unidad con Dios, y librarse de todos los impedimentos de toda criatura deste mundo y defenderse de las astucias y engaños del demonio y libertarse de sí mismo, tiene necesidad de ejercitar los documentos siguientes; advirtiendo que todos los daños que el alma recibe nacen de los enemigos ya dichos, que son: mundo, demonio y carne. El mundo es el enemigo menos dificultoso. El demonio es más oscuro de entender, pero la carne es más tenaz que todos, y duran sus acometimientos mientras dura el hombre viejo.

Según los consejos, lo primero que debe hacerse es apartarse de las personas, tanto familiares como amigos, y de los bienes terrenales, para que el amor hacia alguien o el deseo por algo no pueda sustituir el amor por Dios. Para eliminar las tentaciones del demonio, el santo recomienda a los monjes que sigan las indicaciones y los consejos de los guías espirituales y que adopten un comportamiento basado en la humildad. Para vencer la tentación de la carne, Juan propone basar la existencia en las enseñanzas del Evangelio, en la pobreza y la humildad, sin amar a unos más que a otros, y amar siempre de la misma forma. Además, también propone evitar los juicios, las críticas y los consejos a los cofrades, pues de esta forma se mantiene un estado de recogimiento y de silencio interior.

---

[11] **Ibidem, pág. 987.**

[12] **Ibidem, págs. 606-607.**

[13] **Mt 7, 14**

[14] **L. Ruano, San Juan de la Cruz. Obras completas, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 2005, pág. 290.**

[15] **Ibidem, cap. 6, pág. 305.**

[16] **Ibidem, cap. 5, págs. 303-304.**

[17] **Ibidem, cap. 8, pág. 313.**

[18] **Ibidem, cap. 13, pág. 552.**

[19] **Ibidem, pág. 604.**

[20] **Ibidem, pág. 648.**

[21] **Ibidem, pág. 609.**

[22] **Ibidem, pág. 1 015.**

[23] **Ibidem, pág. 85.**

[24] **Ibidem, pág. 92.**

La herencia

de san Juan de la Cruz

La recepción de la obra de san Juan de la Cruz ha pasado por diferentes momentos a lo largo de la historia. En 1630, pocas décadas después de su muerte, se publicó una edición completa de sus obras en España, que pronto fue traducida al italiano, al alemán, al francés y al flamenco. Sus escritos, junto con los de santa Teresa de Ávila, se convirtieron en la pieza fundamental para difundir la reforma carmelita.

No obstante, su figura va más allá de ser el motor fundacional de la Orden de los Carmelitas Descalzos. San Juan de la Cruz es el ejemplo que demuestra que es posible unir el alma con Dios. En su calidad de místico describió lo indecible mediante versos, según él la única forma de representar aquello que supera cualquier comprensión racional humana. Como teólogo y Doctor de la Iglesia nos ha legado algunos comentarios detallados sobre el camino que se debe seguir para alcanzar las cimas del Carmelo, para lograr la unión entre el Amado y la amada que él mismo describe con maestría en el Cántico espiritual.

Este gran místico se caracteriza por sostener en todo momento que el camino de ascesis hacia lo más alto de la vida espiritual no está destinado a unos pocos elegidos, sino que es el fin natural y necesario de cualquier creyente. Uno de los elementos claves de las enseñanzas de Juan de la Cruz consiste en que toda persona tendría que seguir su camino espiritual y no detenerse al inicio, no limitarse solo a una fe llena de pequeñas reglas, con prohibiciones y restricciones, como la del fariseo que aparece en el Evangelio. El santo indica que la finalidad de la vida cristiana es alcanzar el espíritu de Dios, es un impulso activo y creativo hacia Dios.

Hallamos ecos de su pensamiento en muchos escritores y teólogos de los siglos posteriores hasta el siglo XX. A finales del siglo XIX nació un movimiento místico en los ambientes católicos latinos que proponía la recuperación de la fe interior, la vuelta a la esencia del

cristianismo que sirviese para equilibrarse con el excesivo activismo social y con la religiosidad de tipo caritativo y pastoral, que ignoraban el aspecto místico y ascético. Esta corriente se mantuvo hasta los años treinta del siglo XX.

Muchos filósofos y psicólogos se han interesado por el pensamiento teológico de san Juan de la Cruz, desde Henri Bergson a Jacques Maritain, pues encuentran en sus palabras los ecos de tradiciones místicas orientales y teorías de plena actualidad.

El mensaje de amor puro y absoluto del místico logró iluminar incluso en un periodo oscuro y violento como el de la Alemania nazi. Sus escritos llegaron a manos de Edith Stein, quien elaboró un análisis profundo del pensamiento del santo. Stein era descendiente de una familia judía de Breslavia. Estudió Filosofía, Psicología y Filología Alemana, y se convirtió en discípula del filósofo alemán Edmund Husserl y su asistente en la Universidad de Gotinga. A raíz del estudio de los escritos de santa Teresa y de san Juan de la Cruz, la filósofa polaca se convirtió al cristianismo y tomó los votos con el nombre de Teresa Benedicta de la Cruz. Vivió en el monasterio de Echt, en Holanda.

En 1941 empezó a escribir un tratado en el que analizaba las obras principales del santo y explicaba las bases de la doctrina de la Cruz. El 2 de agosto de 1942, mientras trabajaba en la obra, la Gestapo la arrestó y la deportó a Auschwitz, de donde salió al cabo de ocho días. Uno de los fragmentos que nos ha dejado sobre él dice así:

La doctrina de la Cruz que san Juan de la Cruz nos enseña no podría considerarse como ciencia de la Cruz en el sentido que damos a esta expresión, si tan solo tuviese como base el entendimiento. Pero lleva el sello auténtico de la Cruz. Es una ramificación inmensa de un árbol cuyas raíces han penetrado en lo

más profundo del alma y se alimentan de la sangre misma del corazón.[25]

Las palabras de Edith Stein ejemplifican claramente cómo toda la obra de san Juan de la Cruz está unida a su experiencia y a las personas a las cuales iba destinada, a sus hijos espirituales. Les indicó el camino para alcanzar la unión mística a través de sus tratados teológico-espirituales, les mostró los pasos a seguir y los errores que debían evitar. Les exhortó a tomar el camino difícil, pedregoso, aunque les pareciese ir hacia «la nada». Una «nada» que debe entenderse como la liberación de todo lo exterior, de las ataduras con personas y cosas.

El santo siempre mostró amor incondicional hacia sus semejantes y hacia el Creador. Sin embargo, incitó a sus discípulos a liberarse de cualquier atadura con las personas y las cosas, pues una relación de posesión, de dominio y de deseo podría ser nociva tanto para uno mismo como para los demás, e incluso puede dañar la creación, la naturaleza que nos rodea. Es evidente que el pensamiento de este místico sigue vigente en la actualidad y es capaz de expresar los peligros escondidos de una visión egoísta y egocéntrica del mundo.

---

[25] E. Stein, La ciencia de la Cruz: estudio sobre san Juan de la Cruz, Monte Carmelo, Burgos, 1994.

APÉNDICE

Cronología

Vida de san Juan de la Cruz

1542 Juan de Yepes nace en Fontiveros, España.

1548 La familia de Juan se traslada a Arévalo.

1551 La familia se traslada a Medina del Campo.

1559-1563 Juan estudia en el Colegio de la Doctrina de los Jesuitas.

1563 Ingresa en los carmelitas de Medina y elige el nombre de Juan de San Matías.

1564 Inicia sus estudios de Teología y Filosofía en Salamanca.

1567 Es ordenado sacerdote y conoce por primera vez a Teresa de Jesús.

1568 Termina los estudios en la Universidad de Salamanca, vuelve a Medina del Campo y empieza la actividad de la

reforma de los carmelitas descalzos. El 28 de noviembre se convierte en carmelita descalzo en el monasterio de Duruelo y elige el nombre de Juan de la Cruz.

1568-1571 Es nombrado maestro de los novicios en Duruelo y en Mancera de Abajo.

1571 En abril es nombrado rector del colegio de los descalzos en Alba de Tormes; en octubre es enviado al monasterio de Pastrana para reorganizar la vida monástica de la comunidad.

1572-1577 Es nombrado confesor del monasterio de la Encarnación de Ávila.

1574 Participa en la fundación del monasterio de las carmelitas descalzas de Segovia.

1576 El 9 de septiembre asiste al primer capítulo de los carmelitas descalzos en Almodóvar.

1577 El 2 de diciembre es encarcelado en Toledo.

1578 En agosto se fuga de la prisión de Toledo. En octubre es nombrado prior del monasterio de El Calvario en Andalucía.

1579 El 14 de junio funda el monasterio y el colegio de los Descalzos en Baeza y asume el cargo de rector.

1581 En marzo participa en el primer capítulo de los descalzos en Alcalá; el 28 de noviembre se encuentra por última vez con Teresa de Jesús en Ávila.

1582 El 20 de enero funda el monasterio de Granada, del que es elegido superior.

1583 Participa en el segundo capítulo de Almodóvar y es reelegido superior del convento de Granada.

1585 En mayo asiste al capítulo de Lisboa; en octubre participa en el capítulo de Pastrana y es elegido vicario provincial de Andalucía; termina su mandato como superior del convento de Granada.

1586 Funda los monasterios de Córdoba, La Manchuela y Caravaca.

1587 Asiste al capítulo de Valladolid y es reelegido prior del convento de Granada.

1588 Participa en el primer capítulo general de los descalzos en Madrid.

1590 Participa en el segundo capítulo general de los descalzos en Madrid.

1591 En junio asiste al tercer capítulo general de los descalzos en Madrid; en agosto llega al monasterio de La Peñuela; en septiembre cae enfermo de gravedad y se le traslada al monasterio de Úbeda, donde muere el 14 de diciembre.

1593 Sus restos mortales se trasladan de Úbeda al monasterio de Segovia.

1675 Es beatificado por el papa Clemente X.

1726 Es canonizado por Benedicto XIII.

1926 Es proclamado Doctor de la Iglesia por el papa Pío XI.

1952 Es nombrado patrón de los poetas españoles.

Hechos históricos

1535 Tomás Moro es condenado a muerte por no aceptar la Reforma anglicana.

1536 Aparición del calvinismo.

1540 Ignacio de Loyola funda la orden jesuita de la Compañía de Jesús.

1542 Pablo III reorganiza el Tribunal de la Inquisición.

1543 Nicolás Copérnico formula la teoría heliocéntrica.

1545-1547 Primera fase del Concilio de Trento.

1547-1549 La actividad del concilio se traslada a Boloña.

1549 Muere Pablo III.

1550 Elección del papa Julio III.

1553 María Estuardo sube al trono de Inglaterra.

1554 Matrimonio entre María Estuardo y el príncipe español Felipe, futuro Felipe II.

1555 Finaliza la unidad religiosa europea, con la Paz Augusta los príncipes germánicos pueden elegir la religión y los súbditos deben respetar la elección. Tras la muerte de Julio III el 23 de marzo, en pocos meses se suceden dos papas, Marcelo II del 9 de abril al 1 de mayo y Pablo IV.

1556 Carlos V abdica. Su hijo Felipe se convierte en rey de España y hereda los Países Bajos y las colonias españolas.

1558 Muere María Estuardo y sube al trono inglés Isabel I. Inicio de la época isabelina.

1559 Tras la muerte de Pablo IV, Giovanni Angelo Médici se convierte en Pío IV.

1561 Felipe II traslada la capital de España de Valladolid a Madrid.

1563 Termina el Concilio de Trento.

1565 Muere Pío IV. Elección de Pío V.

1571 Batalla de Lepanto. Finaliza la expansión turca.

1572 En Francia, matanza de los hugonotes.

1575 Inicio del año santo.

1579 Los Países Bajos se declaran independientes de España.

1580 Felipe II anexiona Portugal a España.

1585 Elección del papa Gregorio XIII. Inicio de la guerra anglo-española.

1587 Isabel I de Inglaterra ordena decapitar a su prima María Estuardo.

1588 Felipe II entra en guerra con Inglaterra y la Armada Invencible cae derrotada. Se inicia el dominio marítimo inglés.

San Juan de la Cruz

© 2017 de esta edición, Emse Edapp, S.L.

www.emse-publishing.com

© del texto, Mariangela De Faveri.

© de la traducción, Roger Renau.

Realización editorial: Bonalletra Alcompas, S.L.

Cubierta: San Juan de la Cruz, Monasterio de Nuestra Señora del Monte Carmelo, Haifa, Israel (Zvonimir Atletic/shutterstock.com).

Contraportada: San Juan de la Cruz (Anton Ivanov/ shutterstock.com)

Imágenes: p. 9 (Zvonimir Atletic/shutterstock.com), p. 44 (Renata Sedmakova/shutterstock.com), p. 80 (Quintanilla/ shutterstock.com), p. 91 (Marzolino/shutterstock.com) y p. 107 (D.P.).

ISBN: 978-84-17177-62-1

DL: B 10594-2017

Digitalización: Vorpal. Servicios de Edición Digital

Queda rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento y su distribución mediante alquiler o préstamo públicos.